





AB INITIO  
Desde el Inicio

(Libro 3º de la Trilogía Aeternum)

ANA ROSENROT



AB INITIO  
Desde el Inicio

ANA ROSENROT

Trilogía: AETERNUM  
1º libro  
Título original: AETERNUM. Para toda la Eternidad  
2º libro  
Título original: A DIVINIS. Lejos de lo Divino  
3º libro  
Título original: AB INITIO. Desde el Principio

[www.trilogiaaeternum.com](http://www.trilogiaaeternum.com)

© 2012, Ana Rosenrot  
© 2012, AETERNUM  
© 2012, A DIVINIS  
© 2012, AB INITIO

Esta trilogía es una obra de ficción. Los hechos, personajes, situaciones o diálogos son producto de la imaginación del autor. Aunque en la obra se hace referencia a hechos y situaciones históricas ocurridas en la vida real para recrear diferentes épocas, cualquier semejanza con hechos, personas verdaderas, vivas o muertas son pura coincidencia.

Primera edición: noviembre, 2014

ISBN: 978-8484110477

Depósito legal: B 23955-2014

Printed in Spain- Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, alquiler o préstamo público sin contar con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos de esta obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y sgts. del Código Penal).

Agradecemos a Alicia Peropadre Enrich su colaboración.

“Si alguno adora la bestia y su imagen  
y recibe su marca en la frente o en la mano,  
beberá él también del vino del furor de Dios,  
vino puro, concentrado,  
en la copa de su ira.  
Y será atormentado con fuego y azufre  
en presencia de los ángeles santos  
y en presencia del Cordero.  
El humo de su tormento sube  
por los siglos de los siglos;  
y no tienen reposo ni de día ni de noche  
los que adoran la bestia y su imagen,  
y los que reciben la marca de su nombre.”

(Libro del Apocalipsis)





# I PARTE



El rojo intenso del vino tinto se agitaba cuidadosamente dentro de la copa de cristal; tan solo unos milímetros separaban aquel concentrado de sabor y aroma afrutado y enérgico del resto del mundo. El joven Idrish aspiró con deleite su aroma para después, con no menos placer, saborear aquel líquido de sabor tan intenso como aromático. Era un buen vino, exquisito, fuerte pero con un punto dulce y aromático, casi sensual, femenino. No era extraño que aquel fuera el vino preferido de su tío y se preguntaba si la mujer que había inspirado aquel extraordinario caldo despertaría las mismas sensaciones.

El "Sonrisa de Isabel" era escandalosamente caro pero lo valía. Idrish entornó los ojos mientras la corriente cálida y aterciopelada bajaba por su garganta. Cuando los volvió a abrir se encontró con el rostro nervioso y macilento de Benjamín Otersfur que le miraba con extrañeza y esto le hizo volver a la realidad del lugar donde se encontraba.

Era algo dispar beber una copa de vino tinto en Amberes, en vez de una buena cerveza de las que tenían fama reconocida pero Idrish era así: le importaba bien poco lo que pasara a su alrededor siempre y cuando no tuviera que ver con él, sin embargo, en ésta ocasión, la mirada asombrada del señor Otersfur no se debía a que se hubiera decantado por un vino español en vez de por una buena cerveza belga.

-Creía que la religión musulmana prohibía el alcohol...- murmuró con una leve sonrisa bajando la vista hacia la espuma de su cerveza negra.

-Si Alá o Mahoma hubieran saboreado éste vino, hubieran cambiado de parecer- repuso el joven escudriñando a Benjamín Otersfur con sus inquietantes ojos claros que destacaban en su rostro de inconfundibles rasgos árabes.

El hombre se removió inquieto en su silla de la cervecería Kroma de la calle Meir, cerca de la Catedral de Amberes. Era evidente que estaba nervioso, lo delataban sus movimientos, su mirada huidiza y las gotas de sudor que veía resbalar por sus sienes. Nada de aquello le había pasado desapercibido a Idrish, era un buen observador; desde niño le habían enseñado a percibir los más mínimos cambios en el paisaje silencioso y falsamente impertérrito del desierto: podía oír al escorpión en la arena, el movimiento de las dunas y saber la hora por el color del cielo. Había sido educado desde que nació para adelantarse a sus enemigos, para estar preparado ante cualquier imprevisto, y a sus veinte años tenía la certeza de que el hombre que se sentaba frente a él tenía miedo. El brillo de sudor que cubría sus sienes no se debía solo al calor de la estación primaveral, era algo más.

No era la primera vez que Benjamín Otersfur hacía negocios con él y con su tío, era uno de los intermediarios del comercio ilegal de diamantes, normalmente de Sierra Leona, que quedaban fuera de los convenios para acabar con el negocio de los diamantes de sangre de los que se obtenía dinero para comprar armas y financiar la guerra de países africanos. Ni el tratado de Kimberly ni la multinacional sudafricana De Beers habían logrado acabar con el comercio ilegal, ni podrían hacerlo nunca; era demasiado fácil y se movía demasiado dinero como para acabar con aquello, a nadie le interesaba, ni a los gobiernos ni a los compradores y el contrabando continuaba a cara descubierta como en aquel lugar: a plena luz del día en el centro de la ciudad más importante del comercio mundial de diamantes, Amberes.

Benjamín Otersfur era uno de los principales intermediarios, trabajaba en cualquier lugar del mundo pero su centro de operaciones era Amberes. Se pasó el dedo por el cuello de su camisa mientras dirigía una breve mirada a Idrish, él no sudaba, permanecía tranquilo y sosegado frente a su copa de vino tinto.

-¿Y bien?- el joven no quería aparecer impaciente pero no le apetecía pasar el resto del día viendo como Benjamín Otersfur sudaba dentro de su elegante traje que sin embargo no le quedaba nada bien. Era la primera vez que trataba directamente con él, en otras ocasiones había acompañado a su tío en las reuniones como simple observador. Como aprendiz de los negocios, admiraba el carácter sosegado y diplomático de su tío que conseguía más con una sonrisa y un apretón de manos que con duras palabras, aunque al darse la vuelta su sonrisa se tornara en una mueca de desdén. Idrish estaba abierto al aprendizaje, era listo, inteligente y vivaz; por eso su tío le había encargado en aquella ocasión que fuera él mismo quien ultimara los detalles de la transacción, sabía lo que tenía que hacer y no le intimidaba nada de aquello, hacía ya un par de años que era la mano derecha de su tío, el jeque Ahmed bin Zidna, y poco a poco se iba ganando el respeto de los socios proveedores.

-Es una excelente partida de diamantes- explicó el señor Otersfur con la boca seca mientras dirigía una rápida mirada a la chocolatería que había cerca de allí. Idrish sonrió levemente, sabía del gusto casi adictivo de su interlocutor por los bombones, en especial los belgas, por eso precisamente le había citado en aquel lugar cerca de su tentación preferida, así la transacción sería más rápida- Como las anteriores que recibieron. Su tío, el jeque, siempre ha quedado enormemente satisfecho- añadió el hombre con una sonrisa que hizo que su nariz pareciera más arqueada aún. Sus ojos pequeños brillaron iluminando su rostro de rasgos hebreos.

-Al igual que usted- repuso Idrish clavando sus ojos claros en los de Benjamín- Esos diamantes tienen un precio demasiado elevado.

-Bueno...- el judío se frotó las manos- ya sabe de dónde provienen, su origen no es demasiado legal... y no puedo ofrecerle ningún certificado.

-Lo sé, pero eso no me preocupa- le interrumpió el joven mientras apartaba la vista de su interlocutor y la dirigía a un grupo de jóvenes que riendo habían entrado en la cervecería, sin duda eran turistas porque rápidamente solicitaron todo un catálogo de las mejores y más conocidas cervezas. Era un día caluroso y soleado de abril, numerosos viajeros paraban en las terrazas para refrescarse y descansar. Toda la calle Meir era un hervidero de gentes de diferentes nacionalidades que le daban un característico aire cosmopolita a aquella zona histórica de edificios del siglo XVIII

y XIX tan turística y alegre como el resto de la ciudad, famosa por su catedral gótica, sus museos y palacios, sus cuatro bolsas de diamantes, su río Escalda y su ambiente elegante.

-¿No le preocupa?- se extrañó Benjamín.

-Mi tío confía en usted. No es la primera vez que solicitamos sus servicios, imagino que esta vez no será diferente.

Un leve carraspeo y un temblor en la voz del judío cuando volvió a hablar hicieron que Idrish le mirara fijamente.

-La cerveza es demasiado fuerte...- se excusó el hombre esbozando una sonrisa mientras sostenía la jarra con mano temblorosa.

-¿Tiene la muestra?- preguntó Idrish.

Benjamín Otersfur metió la mano en el bolsillo y de ella sacó un pequeño saquito de terciopelo negro que puso frente a Idrish, al lado de su copa de vino tinto. El joven abrió el saquito y de él extrajo un diamante del tamaño de la yema de un dedo. Lo sostuvo entre el índice y el pulgar mientras lo miraba atentamente durante unos segundos que a Benjamín Otersfur le parecieron horas.

-¿Son todos así?- preguntó por fin el joven árabe.

-Si- contestó con apenas un hilo de voz. Idrish no apartaba la mirada del diamante para desesperación del judío que intuía que el sobrino del jeque no tenía ni idea de lo que estaba mirando, no era más que un jovencuelo jugando a los negocios de altos vuelos- ¿Qué le parece?

-Que es muy bonito- contestó infantilmente Idrish con una sonrisa.

El judío se relajó y sonrió a su vez, después tomó otro sorbo de cerveza y su postura se relajó. "Muy bonito"- pensó para sí, era la contestación típica de aquel que no tiene ni idea de diamantes.

-Bonito y precioso, como exquisitos bombones- subrayó el judío.

-Los ha descrito a la perfección.

-Bueno, creo que todo es correcto, ¿no es así? Podemos dejar zanjado el negocio- dijo impaciente el señor Otersfur.

-Si- corroboró Idrish- ¿los diamantes proceden de la misma mina que los otros?

-Si, como las dos veces anteriores que negocié con su tío. Exactamente igual.

-Bien, entonces no hay más que hablar- Idrish sonrió y adelantó su mano para apretar la de Benjamín y cerrar el trato. El choque fue directo y fuerte- Esta noche deberán embarcar los diamantes, el barco se llama Abdain.

-Muy bien, no habrá ningún problema. En cuanto...

-Tendrá el dinero acordado de la manera de siempre, en su cuenta de las islas Caimán. No quedará ningún rastro- repuso Idrish adelantándose al pensamiento de Benjamín.

-De acuerdo- Benjamín Otersfur se levantó de su silla satisfecho- Encantado de hacer negocios con usted. Déle mis mejores recuerdos a su tío.

-No le quepa duda.

-Espero volver a verle.

-¡Inshallah!- contestó Idrish con una sonrisa que iluminó su rostro moreno.

El judío se dispuso a marcharse pero dudó, se volvió y miró a Idrish que le observaba con atención. Sintió un estremecimiento y decidió marcharse rápidamente.

El joven se quedó sentado en el mismo lugar, volvió a contemplar el diamante, realmente era muy bonito, se lo acercó y exhaló su aliento sobre él, la piedra se empañó y lentamente volvió a recuperar su brillo. "Sí, muy bonito, pero falso".

\*\*\*

Aquella noche Benjamín Otersfur pensaba divertirse a lo grande, aunque para él la diversión se limitaba a tomar una copiosa cena regada por una buena cerveza y disfrutar de un surtido de los bombones más exquisitos y caros de toda Bélgica. Era un hombre de costumbres, metódico hasta la compulsión. Siempre que estaba en Amberes cerrando un trato cenaba en el mismo restaurante de Grote Mark, era su preferido, le conocían y le atendían con exclusividad, por eso aquella noche hizo lo propio: pidió un buen plato de mejillones cocidos en vino blanco y cubiertos de mantequilla con pimienta y perejil, además de un par de worstenbrood o rollos de salchicha, a pesar de que no era la época; todo ello regado con una buena cerveza negra Ganzenbier servida en una jarra de piedra. Suspiró encantado cuando terminó el último sorbo y esperó impaciente a que le trajeran sus bombones predilectos. Todos sus sentidos se sintieron complacidos, hubiera podido terminar la noche con alguna mujer pero para Benjamín no había un placer insuperable al de aquellos pralinés que se derretían en su boca inundando de sabor todas sus papilas gustativas; apenas terminaba con uno cuando se metía otro en la boca, y otro, y otro más... era pura gula... uno de los pecados capitales, además de la mentira, la pereza y unos cuantos más.

El chocolate se fue derritiendo liberando un interior duro y frío: pequeños diamantes que se fueron atascando en su garganta imposibilitando que pudiera tragar y respirar.

Al principio solo fue una incomodidad, luego una molestia, hasta que angustiado se levantó de la mesa y comenzó a carraspear sonoramente intentando liberarse de aquello que le obstruía la garganta. El resto de los comensales le miraron extrañados y varios camareros alarmados corrieron a auxiliarle. Benjamín Otersfur presa del miedo y el ahogo cayó al suelo arrastrando el mantel con él. Le abrieron la boca pero no pudieron acceder a su garganta. Sus ojos se abrieron con espanto mientras sus manos intentaban liberarle de una imaginaria cuerda, era así como lo sentía. Ante la vista de todos y sin poder hacer nada, Benjamín Otersfur murió atragantado por culpa de su apasionamiento por los bombones y lo que se ocultaba dentro de ellos.

-Lo siento tío, el negocio no ha salido bien- explicó Idrish por teléfono- El señor Otersfur ha sufrido un lamentable accidente y ha muerto.

Mientras hablaba se había desabrochado los dos primeros botones de su inmaculada camisa blanca y se recostaba en la cama de su habitación en el hotel Plaza.

-Creo que se atragantó cenando- continuó a las preguntas de su tío- con unos bombones. Si, algo penoso, no pudieron hacer nada por él. Por eso no se ha podido terminar la transacción. ¿Los diamantes?... ya hablaremos- dijo sin prestar atención mientras encendía el plasma con el mando a distancia.

\*\*\*

Ahmed bin Zidna colgó el teléfono y se quedó pensativo. Era una mala noticia que Benjamín Otersfur hubiera tenido aquel trágico final aunque las palabras de su sobrino Idrish le habían dejado un tanto extrañado. Desde su lujoso retiro en Dubai, movía los hilos de sus negocios y había decidido dar mayor relevancia en ellos a su sobrino Idrish, era listo y tenía suficiente capacidad para ocuparse de ciertos trámites, no en balde había tenido una estricta instrucción: había sido educado en los mejores colegios ingleses aparte de acompañarle en numerosas viajes con el bagaje cultural que ello significaba, era el hijo varón que no había tenido y como tal lo trataba pues su fortuna y todo lo que poseía lo heredaría el joven, aunque sin perjuicio de su propia hija, que dispondría de una riqueza nada envidiable. Aún así su sobrino seguía siendo todo un misterio para él, había vivido en el desierto como un nómada tuareg durante sus primeros diez años y nunca podría olvidar el brillo de sus inquietantes ojos azules que destacaban en su rostro moreno. Su hermana y madre de Idrish había estado desaparecida desde que se fugó con un guerrillero vinculado a Al-qaeda y tras numerosos esfuerzos habían conseguido dar con ella, para su asombro tenía una criatura de rasgos hermosos y mirada feroz, un arma de doble filo, una fiera del desierto que él había conseguido domar y encauzar, o al menos eso era lo que él creía.

Bur Dubai era el barrio de las torres de viento, llamadas así por su particular climatización. Le encantaba sobre todo el zoco por el que podía pasear y admirar los comercios como si se tratara de la cueva de Alí- Babá de camino a la mezquita, cuando el almuecín llamaba a la oración. Vestía al modo árabe con la kandora o túnica blanca y el hatta o tocado immaculados para defenderse del implacable sol del desierto sobre el que se fundamentaba Dubai. Sin embargo en aquel barrio no estaba su hogar, sólo sus negocios y cada vez pasaba menos tiempo allí, prefería el murmullo de las fuentes de agua de su palacete y la suave brisa del atardecer cuando el sol teñía el paisaje de rojo, entonces buscaba el arrullo de alguna de sus cuatro mujeres para saborear los placeres que le deparaba la vida.

El jeque bin Zidna entro en la Gan Mezquita decorada con azulejos azules tras lavarse como mandaba el Corán. Consistía en una de las mayores de Dubai con sus enormes cúpulas y preparada para dar cobijo a unos 1.200 musulmanes. Se arrodilló sobre la estera y repitió los versículos indicados. Se sentía cansado y un tanto solo: sus mujeres solían hacer vida aparte en el harén, su hija estudiaba en Estados Unidos e Idrish estaba en Amberes... quizás sería bueno cambiar de aires, viajar y divertirse un poco ahora que podía delegar en Idrish, aunque lamentaba que el primer negocio que el joven hacía solo hubiera sido un completo fiasco, eso sin duda podría minar la confianza en sí mismo de la que hacía gala su sobrino y que siempre le impresionaba. Lo que Ahmed bin Zidna no sabía es que para Idrish, al contrario de lo que él pensaba, aquel negocio malogrado en Amberes había sido un magnífico éxito.

Los cánticos del almuecín sumieron al jeque en un placentero estado de sosiego y relajación. Decidió que se iría de viaje en cuanto solucionara unos cuantos asuntos importantes, le costó más decidir a cual de sus mujeres llevaría con él, o tal vez fuera mejor ir solo, quizás pudiera encontrar a su quinta esposa, ¡Inshallah!

Fisterra, Galicia

La brisa del mar llegaba hasta lo alto del acantilado trayendo consigo el salitre del Atlántico que se pegaba a la piel humedeciéndola. Una joven se estremeció en lo alto del acantilado, el mar rugía con fuerza y las olas se estrellaban contra las rocas en una efervescencia espumosa; aún así era un paisaje que le encantaba: no había día que no se acercara a ese lugar aunque lloviera o helara, respiraba profundamente con los ojos cerrados para que todo su interior se inundara del aroma del mar y de su esencia.

-¡Elizabeth!- llamó cansadamente un hombre detrás de ella.

La joven se volvió y su rostro se iluminó cuando reconoció al hombre.

-Llevo llamándote un rato- explicó el hombre que llegó jadeando hasta donde ella se encontraba.

-No te oí. Si me hubieras llamado Isabel habría reaccionado antes- repuso ella bajando de un salto de la roca en la que se hallaba y dirigiéndose al encuentro del hombre que la esperaba más atrás.

-Siempre se me olvida que prefieres que te llame Isabel- reconoció el hombre abrazando a la joven cuando estuvo a su lado.

-Paul, has tenido veinte años para acostumbrarte- se quejó ella echándole los brazos al cuello.

-Veinte años ya... parece increíble- murmuró el hombre con cierto deje de amargura.

Isabel le miró con atención, si, habían pasado veinte años, pero solo para Paul, para ella el tiempo permanecía impasible y su aspecto continuaba siendo el de una veinteañera. Muchas veces sufría por Paul, él intentaba mantenerse joven y fuerte a pesar de que ya superaba los cincuenta, y ciertamente no se podía quejar: el ejercicio diario y sus cuidados le habían convertido en un hombre maduro pero interesante, aquellas canas de sus sienes lejos de envejecerle le daban un aire respetable que contrastaba con su carácter jovial.

-¿Te vas ya?- preguntó Isabel cambiando de conversación y colocándose bien la pulsera de plata que ocultaba las marcas de los colmillos de Ludwig en su muñeca.

-Si, hoy tengo muchas cosas que hacer. Imaginé que estabas aquí y no quería irme sin despedirme.

Aquella era una de las manías de Paul, en su fuero interno tenía siempre la aprensión de que en cualquier momento podría pasarle algo y no quería dejar este mundo sin haberle dado un beso a su amada.

-Si quieres desayunamos juntos...- propuso Isabel elevando la voz por encima de la rugiente mar. Paul consultó su reloj.

-Es tarde ya, debo irme a A Coruña, tengo una reunión importante allí con varios restauradores.



-Bien, yo también tengo que irme- admitió ella emprendiendo el camino hacia el todoterreno que Paul había dejado aparcado cerca de allí- ¿Puedes dejarme en casa? Me he despistado y si tengo que volver andando no me dará tiempo a llegar al trabajo.

-Claro que si preciosa.

Dejaron atrás el escarpado acantilado y se internaron por el camino que llevaba a su casa. Isabel se estremeció agradablemente al sentir la calidez del coche. A pesar de que estaban a principios de julio, el ambiente en Fisterra era húmedo y frío. Paul frunció el ceño y se concentró en el estrecho camino sin asfaltar que les llevaba a su hogar. Parecía increíble que aún existieran lugares como aquel en el que parecía que no había pasado el tiempo, quizás era por eso por lo que Isabel había querido regresar a aquel lugar: porque allí estaban sus orígenes y permanecían inalterables, como ella.

Aunque el mundo cambiara y todo se volviera patas arriba, ella permanecería joven y hermosa, y él en la medida que pudiera, permanecería junto a ella en el fin del mundo, en Fisterra.

Después de unos diez minutos llegaron a la finca en la que se erigía su hogar: el Pazo O' Breo. Paul lo había comprado un par de años después de llegar a Galicia y tras una extensa remodelación y acondicionamiento en la que los dos se habían implicado con ganas y habían disfrutado mucho, habían conseguido una magnífica residencia que sin perder su encanto original y rural no carecía de ninguna comodidad.

El cruceiro de piedra medio kilómetro antes, en una encrucijada de caminos, daba el punto de referencia del pazo que consistía en una edificación recia de casa señorial que se había adaptado como vivienda, además de varias dependencias como una cuadra en la que había varios caballos, un hórreo y varios almacenes, además de dos pequeñas viviendas adyacentes en las que se acomodaba el servicio compuesto por un matrimonio que cuidaba de la casa y el jardín, el otro apartamento había servido en algunas ocasiones como casa de huéspedes o alojamiento rural, incluso alguna vez habían dado refugio a algún peregrino perdido en la noche cuando hacía el Camino de Santiago. También poseía una pequeña capilla que Isabel había querido conservar.

Sobre la recia puerta, un trisquel a modo de bienvenida saludaba a los visitantes que iban a entrar en la vivienda, aquel era uno de los símbolos celtas que significaba la protección de los tres elementos de la Naturaleza. El interior de la casa había respetado al máximo la decoración paciega propia del lugar y el entorno con madera, dándole un aspecto bastante acogedor. La organización del espacio era a través de corredores que prácticamente comunicaban casi todas las dependencias como la bien surtida biblioteca o el salón. En cuanto al exterior estaba formado por un extenso jardín muy bien cuidado y ornamentado que lindaba con un bosque, mientras que la parte de atrás se dedicaba a una pequeña huerta que los abastecía para sus necesidades.

El Pazo O' Breo también poseía casi 20 hectáreas de vides de estupenda calidad y que constituían su negocio fundamental pero el viñedo quedaba más alejado, al otro lado del bosque y era necesario coger el coche para llegar hasta él. Paul había conseguido con mucho esfuerzo y tesón crear una bodega donde el vino estrella era un tinto afrutado y especiado, lleno de fuerza y sabor que a nadie dejaba indiferente: el "Sonrisa de Isabel".

-¿Vendrás a cenar?- preguntó Isabel desde fuera del coche apoyada en la ventanilla abierta.

-No sé cuanto durará la reunión. Tengo que convencer a unos tercos restauradores de que nuestros vinos son los mejores del mercado- bromeó Paul apoyándose sobre el volante- Quizás hubiera sido mejor que vinieras tú, una joven bonita siempre convence más que un hombre feo- añadió con una sonrisa.

-No seas tonto, seguro que lo haces muy bien- aseguró ella con firmeza- además, a mi intentarían engañarme mientras que tú eres un perro viejo en los negocios. Llámame esta tarde y me cuentas, ¿vale? Yo estaré todo el día en el Museo haciendo el inventario de las nuevas piezas y reunida con la gente de Patrimonio Cultural.

-Vale.

Isabel se puso de puntillas para acercarse más a Paul y poder besarle.

El todoterreno arrancó a toda velocidad dejando una estela de polvo. Isabel no se movió de la entrada del pazo hasta que no perdió de vista el coche, después corrió por el jardín hasta llegar a la casa, tenía el tiempo justo para cambiarse de ropa. Abrió la puerta y corrió como una exhalación por la escalera que llevaba a su habitación. Abrió el armario y rebuscó en él, ¿dónde estaría su carpeta? Juraría que la noche anterior lo había dejado allí para no perderlo.

-¡Breixa!- gritó mientras se quitaba el fino jersey.

Una anciana de aspecto entrañable entró en la habitación portando la carpeta.

-¿No pensará irse sin desayunar?

-No te preocupes, tomaré algo por el camino. Me he entretenido demasiado.

-El señor Paul marchó a buscarla al acantilado.

-Si, él me ha traído a casa. ¿Sabes dónde está...?- se interrumpió al ver la carpeta en manos de Breixa- ¡Menos mal!- exclamó aliviada extendiendo la mano pero la anciana no se la dio.

-Antes tendrá que tomar al menos un vaso de leche de la Rubia, es la mejor vaca lechera de mi hermana.

Isabel la miró, estaba claro que la mujer estaba decidida a no darle la carpeta por las buenas.

-Está bien- suspiró. A veces era mejor no discutir con Breixa, normalmente era muy terca y siempre se salía con la suya llevara razón o no. Además su tarta de moras disculpaba cualquier cosa.

Las dos mujeres bajaron a la cocina y ante un humeante tazón de leche espesa y con un telo de nata de casi un dedo, Isabel terminó de abrocharse la blusa y Breixa satisfecha soltó por fin la carpeta.

-¿Volverá el señor Paul para la cena?- preguntó mientras cortaba una gruesa rebanada de pan y la untaba de cremosa mantequilla.

-No lo sé, luego llamará- contestó la joven mientras que casi de manera inconsciente cogía la rebanada que Breixa le tendía- En cualquier caso no te preocupes, yo haré la cena y así podrás descansar.

La mujer enarcó una ceja incrédula, la señora Isabel tenía muchas virtudes pero la cocina no era precisamente una de ellas. La acompañó hasta la entrada del Pazo y después volvió a sus labores domésticas.

Isabel llegó hasta el cruceiro y se detuvo allí a esperar, ciertamente los tacones y la falda estrecha desentonaba con aquel paisaje en el que era más propia la vestimenta de Breixa con su delantal y sus medias. A los pocos minutos un coche se acercó hasta ella.

-¿Busca taxi la señorita?- le preguntó la alegre voz de Aloia.

-Si por favor- dijo ella respondiendo a la broma de su amiga y compañera de trabajo mientras se acomodaba en el coche.

-Espero que no hayas esperado mucho, he tenido que llevar a los niños al colegio, perdimos el autocar escolar- dijo con fastidio mientras arrancaba.

-Apenas unos segundos, yo también iba retrasada- confesó Isabel mientras bajaba el parasol y se miraba en el espejo para retocar su escueto maquillaje consistente en brillo de labios y un poco de rimel.

-Creo que llegaremos- aventuró Aloia pisando el acelerador- esta gente del Patrimonio es muy estricta y no verían bien que llegáramos tarde, así que...

Isabel intuyó lo que Aloia pretendía, la conocía bastante bien, así que se agarró firmemente al coche pues su compañera era bastante atrevida conduciendo.

La entrada a Santiago de Compostela fue lenta, se acercaba el día grande de Galicia: Santiago, además aquel era Año Xacobeo y numerosos peregrinos que hacían el Camino se encontraban ya cerca de la ciudad, lo que junto a los acostumbrados turistas hacía que el tráfico, unido a las calles estrechas y las muchas peatonales, fuera un poco conflictivo, pero Aloia conocía bien la ciudad, callejó satisfactoriamente hasta llegar al parking cercano a la Catedral de Santiago donde tenían la reunión con la gente del Patrimonio.

En una de las sacristías repleta de joyas artísticas las esperaban dos hombres junto con el obispo Freixido y el señor Miño, su jefe. Tenían porte de ciudad, sin duda eran de A Coruña, siempre vestían con traje y les gustaba desmarcarse de la gente del pueblo adquiriendo una actitud despegada y altanera. También les acompañaba el jefe de policía para discutir con ellos las medidas de seguridad.

-No queremos que ocurra nada- dijo uno de los hombres del Patrimonio refiriéndose al robo del Códice Calixtino, una pérdida que causó gran conmoción.

-Eso queda descartado- aseguró el jefe de policía un tanto ofendido. Aquello había ocurrido hacía muchos años y gracias a la efectividad y trabajo de la policía se había conseguido recuperar.

-La Xunta no tendrá ningún problema en traer más hombres si es necesario- argumentó el otro hombre tan estirado como su compañero.

-No será necesario- intercedió el señor Miño sonriendo conciliadoramente. A ninguno les gustaba la actitud de aquellos hombres y aunque la oferta de refuerzo policial era de agradecer, consideraba que Santiago de Compostela estaba lo bastante preparado como para no necesitar apoyo externo.

-Bueno...- interrumpió el obispo con preocupación ya que pensaba en el gran número de visitantes que habría aquel año en la ciudad- tal vez no sería tan mala idea.

Todas las miradas se centraron en él y el anciano carraspeó incómodo

-Claro que si el jefe de policía me asegura que no habrá ningún problema...- rectificó un tanto apabullado mientras se rascaba la barbilla.

-Por supuesto, le doy mi palabra, al igual que a ustedes- dijo dirigiéndose a los dos hombres- las piezas que el Patrimonio piensa traer no correrán ningún riesgo.

Las dos jóvenes permanecían calladas. A Isabel le aburría soberanamente aquellas discusiones burocráticas en las que solo se pretendía demostrar el poder que cada uno ostentaba, así que dejó volar su mente, lo cual era muy peligroso ya que era como dejar libre a un león. Primero se fijó en una puerta entreabierta y lentamente ésta comenzó a cerrarse. A Isabel le pareció gracioso cortar un poco aquel ambiente tan tenso así que forzó un poco más la situación y la puerta se cerró de golpe produciendo un sonoro golpe que resonó en toda la estancia de techos altos y ricamente adornada.

-¿Qué ha sido eso?- se sorprendió uno de los hombres de A Coruña.

-Un portazo- rezongó el jefe de policía haciendo obvio lo evidente.

Al instante una libreta cayó al suelo y la puerta se abrió de nuevo tan bruscamente que chocó contra la pared.

-¡Por los clavos de Cristo!, ¿qué pasa ahora?

-Sin duda una corriente de aire- explicó el señor Miño.

-Parece cosa de meigas- murmuró uno de los hombres del Patrimonio.

El obispo se santiguó con aprensión.

Isabel sonrió, sin duda era cosa de meigas.

Primero inundó los sentidos con un aroma amaderado y frutal aunque una pizca especiado, después el color rojo rubí se abrió paso como una mancha de sangre en un campo nevado para por último deleitar con un sabor energético y sutil al mismo tiempo que encerraba cierta rememoración a mar. El “Sonrisa de Isabel” siempre producía aquella sensación sorprendente y viva, como si se estuviera probando algo más que un vino, casi un ser vivo.

-Espléndido- admitió uno de los hombres con los que Paul debía reunirse. Retiró la copa y lo miró con aprobación- Es uno de los mejores tintos que he probado.

-En efecto- corroboró Paul henchido de satisfacción y sin el menor ápice de modestia- y perfecto para cualquier tipo de maridaje.

El abogado transformado en viticultor sabía la importancia que tenía aquella reunión: aquellos hombres eran reputados enólogos: conocían el vino hasta sus más mínimos detalles, lo amaban y lo apreciaban; pero también eran hombres de negocios, importantes restauradores gallegos que solo querían lo mejor. A estas alturas Paul podía estar tranquilo de sus vinos, no en balde había ganado varios premios e incluso varias revistas dedicadas a la enología habían admirado y ponderado sus caldos en varios artículos. Pero Paul sabía que tenía un gran handicap: no eran muchos los vinos tintos que destacaban en Galicia donde lo que más se pedía y conocía eran los blancos como el Ribeiro y Albariño. Hubiera sido más fácil producir vinos de este tipo, el mercado ya estaba abierto, sin embargo la competencia era mayor. En cuanto a los tintos, no había demasiados que alcanzaran la categoría necesaria para obtener una mención en las revistas y foros especializados, aunque reconocía que el vino “Pecado” y “A Trabe” eran serios competidores, tenían muchos años de experiencia y fama reconocida, él apenas hacía unos diez años que había conseguido introducirse en el mercado y aunque reconocía que no le había sido excesivamente difícil por la calidad del “Sonrisa de Isabel”, sí había tenido que luchar contra el escepticismo de muchos que le veían como un profano en la materia, un advenedizo extranjero intentando crear un vino de calidad.

Los tres restauradores se miraron de soslayo pero Paul interceptó un asentimiento tácito entre ellos: les había gustado. Sonrió disimuladamente, ahora quedaba casi lo más difícil: llegar a un acuerdo en el precio. Decidió adelantarse y atacar; pillarles desprevenidos le daría ventaja sobre ellos. Sacó una pequeña libreta del bolsillo de su traje y se dispuso a apuntar.

-¿Cuántas cajas de botellas quieren que les suministre?

Aquella pregunta les dejó desconcertados.

-Aún no hemos decidido si compraremos sus vinos, señor Shein- dijo uno de ellos sin soltar la copa.

-¿Necesitan más tiempo? En ese caso discúlpenme- dijo guardando apresuradamente su libreta, tal vez se había equivocado en su apreciación- Creí entender que en ésta reunión se cerraría el trato, por eso he apartado varias cajas de la bodega. Don Emilio Boano me pidió más de las que podía servirle pero si ustedes no van a comprar nada...

Aquel nombre hizo que los tres hombres se pusieran tensos. Emilio Boano era uno de los restauradores más importantes no solo de Galicia sino de España entera, tenía restaurantes por todas partes.

-Creo que los vinos que me pedía eran para su nuevo negocio en Francia- añadió Paul.

-¿Entonces es cierto que piensa expandirse?- preguntó uno de ellos.

Paul se encogió de hombros.

-No sabría decirle... me pidió demasiadas botellas para un único restaurante, imagino que si.

Si el "Sonrisa de Isabel" llegaba a París de la mano de Emilio Boano, sin duda ellos deberían adelantarse y conseguir aquellos vinos al precio que fuera.

El corazón de Paul palpitaba a toda velocidad, era cierto que había estado en trámites con Emilio Boano pero tan solo le había comprado veinte cajas para la boda de su hija, el resto de la historia se la había inventado.

-Sus vinos son demasiados caros- musitó otro de los hombres.

-Mis vinos son demasiado buenos- argumentó Paul mirando fijamente a su interlocutor hasta que éste, tras unos segundos, asintió con una amplia sonrisa.

-¿Podría tener treinta cajas para el lunes?

-Yo necesitaría cincuenta, ¿se encargará también de la distribución?

-Las bodegas Shein-Castro se harán cargo de todo, no tienen de qué preocuparse- sonrió Paul mientras sacaba de nuevo su libreta y apuntaba. Aquellos pedidos eran bastante importantes y le reportaría bastantes beneficios.

-Me gustaría conocer también a su socio- admitió uno de los hombres- y darles a ambos la enhorabuena por sus exquisitos vinos.

-El señor Markgraf estará en A Coruña en un par de semanas. Creo que sería muy grato concertar una comida- explicó Paul.

-¡Estupendo! Le diré a mi secretaria que le llame... quizás pudiéramos ampliar el negocio. Conozco a unos empresarios hoteleros que tal vez estuvieran interesados en adquirir sus vinos, aunque el precio debería ajustarse un poco- dijo el restaurador sonriendo.

La tenue y sonrosada calidez del atardecer de julio iluminó el rostro de Paul cuando salió a la calle. Estaba contento y no podía disimularlo, consultó su reloj: la cata había durado más de lo que pensaba, habían tomado unos canapés a modo de comida y eran poco más de las siete. Si se ponía en marcha en ese momento podría estar en casa a la hora de la cena, no le apetecía lo más mínimo pasar la noche en un hotel, no dormía bien si no estaba al lado de Isabel.

El camino de vuelta fue alegre, reflexionó sobre el negocio que acababa de cerrar y francamente estaba seguro de que Ludwig se pondría bastante contento, él era su principal socio en todo aquello, le había apoyado y ayudado cuando se decidió a acometer aquella importante empresa:

había viajado con él estudiando los tipos de cepa, las uvas, las características de la fermentación... todo el proceso había sido cuidadosamente analizado, habían invertido mucho dinero en todo aquello pero había valido la pena: el "Sonrisa de Isabel" funcionaba perfectamente y todo iba viento en popa. Ludwig se había implicado en todo el negocio pero no había querido dar su nombre a las bodegas, prefería mantenerse en un discreto anonimato como siempre había hecho durante su vida, no le gustaba destacar y menos ser conocido, quería ser libre y mantener su intimidad al margen de sus negocios, por eso se había decidido que la bodega tuviera el apellido de Paul y el de Elizabeth, dándole un punto exótico al mezclar el norteamericano Shein con el gallego Castro. Un nombre muy particular que iba cogiendo fama y prestigio.

Paul pulsó el modo manos libres para llamar a Isabel, su dulce voz se oyó pocos segundos después.

-¡Hola!, ¿ha ido todo bien?

-Magnífico, como no podía ser de otra manera.

-Me alegro mucho. ¿Vienes a cenar?

-Sí, ahora mismo salgo con el coche. ¿Qué tal lo tuyo con la gente del Patrimonio?

-Bien... pero muy pesados, como siempre.

-Ten en cuenta que éste año es Xacobeo, es normal que estén preocupados- aventuró Paul sin apartar la vista del semáforo.

-Lo sé pero me aburre tanta burocracia.

-Dios... eso es malo, cuando tú te aburres... ¿qué has hecho?- preguntó divertido sabiendo que la bruja habría hecho alguna trastada.

-Nada, poca cosa...- sonrió sin querer confesar.

-Está bien, hablaremos luego.

-Vale. Le diré a Breixa que se vaya a acostar, yo haré la cena, ¿te parece?

-¿Estás segura?- preguntó Paul dubitativo.

-No te preocupes por nada- dijo alegremente.

Cuando Paul llegó al Pazo tocó el claxon sonoramente. Isabel salió corriendo y se lanzó en sus brazos bajo la atenta y beatífica mirada de Breixa que ya se dirigía a su casa.

-Has tardado mucho- se quejó ella mimosa- He estado toda la tarde cocinando.

-Probaremos esas exquisiteces en cuanto me haya duchado.

Los dos abrazados se introdujeron en la casa. Breixa suspiró, siempre era agradable ver a una pareja de enamorados y el señor Paul y la señora Isabel estaban realmente muy enamorados a pesar de la diferencia de edad, aunque no siempre había sido así: Breixa recordaba que cuando empezó a trabajar para ellos, hacía ya casi veinte años, la diferencia entre ellos no parecía tan grande. El tiempo había pasado para todos, excepto para la señora Isabel que seguía aparentando veinte jóvenes y lozanos años. Movié la cabeza como si quisiera apartar viejos y ancestrales pensamientos. Galicia era un lugar lleno de misterios, de fantasmas, de brujas, hechizos y sortilegios. Nada podía asombrarla ya, en aquel lugar tan cerca del fin del mundo podía pasar cualquier cosa, era un mundo aparte y solo ellos podían entenderlo. Se colocó bien su chal y se

dirigió a su pequeña casa al otro lado del pazo donde le esperaba su marido Nuno que se encargaba de los animales y del cuidado del jardín y la huerta.

Una encantadora mesa con velas y música suave esperaba a Paul al bajar las escaleras. Isabel terminaba de colocar los cubiertos.

-Vaya, ¿celebramos algo?

-Sí, que nos queremos y todo va viento en popa, ¿te parece poco?

-Claro que no, cariño.

-Siéntate y te iré sirviendo, mientras cuéntame lo que ha pasado.

Paul obedeció dócilmente y mientras hablaba observaba los movimientos de su mujer.

-Bueno, tuve que forzar un poco las cosas.

-¿Es que no les gustó el vino?

-Claro que les gustó pero su precio no- extendió su servilleta y aspiró el aroma del asado. Tenía bastante buena pinta- ¿Lo has hecho tú sola o con ayuda?

-Bueno, con un poco de ayuda- reveló sin apartar la vista del asado que estaba loncheando.

-¿De tus poderes?- preguntó haciendo referencia a su condición de bruja.

-No, Breixa insistió tanto que no tuve más remedio que hacerle caso y reconozco que el resultado ha sido muy bueno- Isabel se sentó a la mesa- Se me ha olvidado la sal.

-Iré yo.

-Espera.

La joven cerró los ojos y movió un dedo, al instante el salero llegó volando desde la cocina y aterrizó suavemente en la mesa. Paul soltó una carcajada.

-Creo que no podré acostumbrarme a esto nunca- confesó.

-Bueno... es práctico, ¿no te parece?

-Por supuesto- admitió- ¿Y a ti que tal te fue?

-Ya te lo dije ésta tarde- dijo con un suspiro de hastío- Aloia y yo llegamos un poco más tarde y el señor Miño nos abroncó después de la reunión pero nos dijo que estaba encantado de contar con nosotras.

-No me extraña, sois las dos mejores conservadoras del Patrimonio de toda Galicia.

-Revisamos el inventario de piezas que traerán para las exposiciones en la Catedral y todo estará perfectamente dispuesto para el día del Patrón. Santiago estaba lleno de gente; desde que leyeron el pregón el día 16 no ha parado de llegar gente, hay multitud de actos culturales.

-Será un día grande.

-Sí, éste año será complicado, habrá más gente de lo normal. ¿Cuándo vendrá Ludwig?

-Me dijo que a mediados de este mes, quiere asistir a Rapa das Bestas en Pobra do Caramiñal.

-Estoy deseando verle- dijo ilusionada- aunque este año con tanto lío apenas podré estar con él.

-Ya sabes que él no es un invitado, ésta es su casa y entra y sale como y cuando le place.

-¿Cuándo hablaste con él?

-El jueves, acababa de llegar de viaje.

-¿Pero está en su casa de Madrid ahora?



-Si, me ha dicho que tiene algunos contactos para introducir el vino en la capital, nos contará cuando venga. No sé cómo lo hace, tiene una capacidad de trabajo inigualable, no sé cómo puede llevar el negocio de las antigüedades y el vino al mismo tiempo.

-Yo creo que necesita trabajar tanto para mantenerse ocupado y no pensar- reflexionó la bruja acariciando la mano de Paul- Necesita llenar su vida con el trabajo y de momento es lo único que le apasiona. Cuando yo estaba sola me sentía un poco así, era tremendamente desdichada, pero por suerte ahora estás tú- dijo mirándole embelesada.

-Te quiero.

-Y yo. Paul... tenemos que hablar de algo...

El hombre levantó la mano y detuvo la conversación.

-Sé lo que vas a decirme y no quiero hablar de eso otra vez- dijo seriamente.

-Lo sé pero el tiempo pasa... debemos tomar una determinación- dijo ella de manera angustiada.

-La decisión ya está tomada Isabel, ¿Cuántas veces más debemos hablar de esto?

A la joven se le llenaron los ojos de lágrimas y Paul sintió haber sido tan duro. Se levantó de su silla y se acercó a la joven, se agachó hasta quedar a la altura de sus ojos.

-Ya es tarde, mi momento ha pasado.

-¡Aún no es tarde! Podrías beber un poco de mi sangre y tú también vivirías para siempre, o hasta que la pócima dejara de tener efecto. Quiero estar siempre contigo Paul, no quiero que me dejes- sollozó.

-Nunca te dejaré- aseguró abrazándola- Siempre estaré contigo de una forma o de otra.

-Entonces ¿por qué no quieres hacerlo?

-Porque no puedo condenarte a vivir eternamente conmigo. Eres una bruja desde hace siglos, no puedes atarte a mi de esa manera, cuando yo muera tendrás la posibilidad de conocer a otros hombres y ser feliz- aquellas palabras le dolían a Paul más que a ella y tenía que hacer un gran esfuerzo para que su voz no sonara triste.

-¡No!- exclamó ella entre lágrimas- No quiero conocer a nadie más- se abrazó a él y hundió la cabeza en su pecho.

Paul tragó saliva, aquella discursión no era nueva. Llevaban años hablando de eso, Isabel había intentado por todos los medios convencerle de que si compartían la misma sangre también compartirían la eternidad pero Paul era reacio, tenía un gran sentido de la responsabilidad y su conciencia no le permitía aquello. Pensaba que de igual manera que había aceptado pasar ocho años en la cárcel haciéndose responsable de las tropelías de su jefe John Foundling que había intentado crear un elixir milagroso a cambio de inducir al suicidio a numerosos jóvenes y transformar en zombis a otros, también pensaba que no tenía derecho a vivir eternamente, y lo que le había dicho a Isabel era cierto: no quería privarla de conocer a otras personas con las que pudiera ser feliz. Además el momento de poder hacerlo ya había pasado, ¿qué ganaría ahora siendo un hombre de más de cincuenta años eternamente? A los ojos de los demás y de los de Isabel siempre sería un hombre mayor, un anciano con dinero que disfrutaba de la vitalidad de una jovencita, un viejo verde... quizás ella en algún momento se cansara de él y se enamorara de otra persona más joven y él no podría vivir eternamente sin ella, ese pensamiento le volvía loco. No, ya no podía hacer nada, quizás si aún tuviera treinta o cuarenta años se lo hubiera vuelto a replantear pero ya era

tarde, la diferencia de edad era demasiado palpable aunque en su caso él seguía manteniéndose fuerte y vigoroso y no aparentaba la edad que tenía. Acarició el cabello de Isabel con ternura.

-Se nos está enfriando la cena- dijo para romper aquel desagradable momento.

La joven levantó la cara y le miró con los ojos brillantes.

-Prométeme que lo pensarás.

-Lo haré.

-Está bien- dijo ella limpiándose las lágrimas.

La cena continuó animada pero el corazón de Isabel estaba desolado, sabía que Paul no cambiaría de opinión. En muchas ocasiones incluso llegó a pensar en hacerle beber su sangre sin que él se enterara pero entre ambos había demasiada confianza y amor como para engañarle de aquella manera. A veces pensaba que él no quería vivir eternamente con ella pero en su fuero interno se daba cuenta de que solo se trataba del terco sentido moral de Paul, una especie de masoquismo por los pecados cometidos en el pasado, pero todo aquello quedaba ya muy atrás. Su enemigo desde tiempos inmemoriales, John Foundling, estaba muerto y la amenaza de la venganza por parte de Markus Schultz, el líder de los satánicos neoyorkinos, había muerto con él en aquel acantilado de Escocia. No había nada que temer, eran libres para ser felices eternamente pero Paul no quería, aquello era un sacrificio estúpido que nadie le agradecería, los asesinados por Foundling no revivirían, el pasado estaba muerto y olvidado.

Aquella noche en la cama a Isabel le aterrorizó la idea de que llegaría un día en que no podría dormir abrazada a Paul, el hombre que era dueño absoluto de su corazón. Cuando llegara aquel día tendría que volver a las tinieblas de la soledad.

La estación del AVE en Atocha era un hervidero de gentes que iban y venían con sus equipajes. El bullicio era colorista y más ahora que los turistas llenaban las estaciones y los aeropuertos. Un hombre joven y apuesto, de cabello oscuro y ojos grises miró a su alrededor, sabía perfectamente cual era el camino que le llevaba a la salida, no era la primera vez que estaba allí, pero nunca sabía dónde habría aparcado Rufus el coche. Salió al exterior y un claxon le advirtió. Con premura se acercó al elegante coche oscuro que esperaba.

-Hola Rufus, ¿qué tal todo?

-Bien, señor Markgraf, ¿y usted?, ¿qué tal los negocios?

Ludwig se acomodó en el coche tras meter el equipaje en el maletero.

-No nos podemos quejar. Acabo de cerrar la compra de unas antigüedades en Burdeos y a un buen precio, creo que ni el mismo vendedor sabía lo que tenía entre las manos.

Rufus sonrió mientras ponía en marcha el coche. Ludwig Markgraf era un hombre astuto e inteligente para los negocios, sus conocimientos de antigüedades eran extensos, llevaba muchos años en ese negocio y lo conocía todo a la perfección.

-¿Alguna novedad por aquí?

-Poca cosa. Llamó Tania para saber si tenía previsto venir directamente a Madrid o pasaría por Londres. También llamaron de la casa de subastas de Christie's, al parecer lo tienen todo preparado para los objetos que el señor Erick había enviado.

-Bien, todo va perfecto- aseguró Ludwig sacando una agenda electrónica y consultándola- Mañana tengo una reunión en el Pº de la Castellana y el viernes sin falta debo concretar una reunión con Alex, ¿ha llamado?

-No, pero ha mandado unos proyectos publicitarios.

-Si, es cierto, lo olvidaba. Me llegaron también por mail.

El anciano Rufus observó a Ludwig a través del espejo retrovisor. Le conocía desde hacía muchos años, siempre había sido trabajador y emprendedor pero de un tiempo a esta parte era excesivo, no paraba quieto, iba y venía, tenía reuniones, proyectos, negocios... Siempre estaba viajando entre Nueva York, Londres, Tokio, Madrid... parecía totalmente absorbido por el trabajo y él pensaba que aquello no estaba bien. Le quería como a un hijo y lamentaba que no hubiera otra cosa en su vida que el trabajo. Sabía por todos los problemas por los que había pasado pero ahora las cosas estaban bien, llevaban veinte años tranquilos y Ludwig se merecía ser feliz.

El coche fue tragado por el tráfico de Madrid atravesando las calles y dirigiéndose a la calle Serrano donde Ludwig tenía su residencia, pero no se daba cuenta del ambiente, ni del alegre colorido.

Todo lo que le había enamorado de España y de Madrid parecía haberlo olvidado; probablemente en aquel momento ni si quiera estuviera realmente seguro de dónde se encontraba. Levantó un momento la cabeza y por un segundo pareció recordar que se encontraba en su casa, pero un nuevo pitido anunciándole un nuevo email le hizo volver la cabeza hacia su agenda electrónica. La semana pasada había estado en Burdeos tras un breve viaje anterior a Coimbra, era normal que estuviera un tanto desorientado.

Ludwig no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que los pitidos de los otros coches se hicieron más persistentes, pensó que estaban detenidos en un semáforo pero al levantar la cabeza comprobó sobresaltado que Rufus estaba desvanecido sobre el volante y el resto de los coches pitaban incesantemente porque el semáforo estaba en verde y el coche de delante no se movía.

-¡Rufus!, ¡Rufus!- gritó Ludwig que dejándolo todo saltó al asiento delantero e incorporó al anciano.  
-¿Qué?, ¿qué pasa?- preguntó el anciano recobrando el conocimiento y sin saber qué había ocurrido.

-¿Estás bien?- preguntó Ludwig tomándole el pulso.

Varios vehículos les adelantaron profiriendo diversos improperios pero Ludwig no se dio cuenta.

-Te has desvanecido- le informó el joven- Llamaré a una ambulancia.

-No hace falta, ya estoy bien, solo necesito descansar un poco.

-Pero...

-Por favor- suplicó el anciano- no es nada, me encuentro perfectamente- aseguró con voz cascada. Un policía se acercó a ellos.

-¿Qué ocurre?, ¿se encuentran bien?- preguntó acercándose a la ventanilla.

-Sí, no pasa nada, me mareé un poco- explicó el anciano con una sonrisa.

-¿Necesitan un médico?- preguntó solícito. Ludwig estuvo tentado de aceptar su ayuda pero un gesto de Rufus le detuvo- Entonces circulen, por favor, están entorpeciendo el paso.

Ludwig ocupó el lugar del conductor y con las mandíbulas apretadas condujo hasta la calle Serrano. El portón de la entrada se abrió a su paso pero no se introdujo en el garaje como de costumbre, atravesó el jardín para detenerse justo frente a la entrada principal, de ese modo Rufus podría salir mejor.

Solo en el momento de ayudarle a salir del coche se dio cuenta de lo frágil que estaba y lamentó profundamente no haberse dado cuenta antes y cargarle de responsabilidades. Se había acostumbrado a su presencia sin darse cuenta de que Rufus no era eterno, ¿Cuántos años llevaba con él? Más de cuarenta años... eso era mucho tiempo para un humano mortal, debía dejarle descansar.

La casa era prácticamente una mansión en el mismo centro de la ciudad, protegida por un ancho y grueso muro que la aislaba del ruido y el caos del tráfico, un remanso de paz que antiguamente había sido una embajada como varias de las casas adyacentes. Era una zona de embajadas y por tanto las casas tenían bastante intimidad. Poseía un espacioso jardín muy bien cuidado con una piscina posterior que apenas usaba por falta de tiempo. El interior de la casa era sobrio aunque con buenos muebles, como en la mayoría de las casas que había tenido. En un lugar destacado de la biblioteca se hallaba el retrato de Anabel y en una pequeña caja de plata el rosario de Ángela aunque normalmente no se desprendía de él y solía llevarlo siempre consigo. Justo a su lado una

foto que bien podría ser una escena familiar: Alex, Rebeka e Ian, Erick y Tania con sus dos pequeños y Paul con Elizabeth. Era su familia.

-Me encuentro perfectamente- insistió Rufus.

-No lo dudo, pero no me quedaré tranquilo hasta que te vea el médico. ¿Te ha pasado alguna vez más?

-Alguna...

-¿Por qué no me has dicho nada?- le preguntó mientras le ayudaba a acomodarse en un sillón y casi al instante se arrepintió de aquella pregunta. Nunca estaba en casa y para él, Rufus se había convertido en un ser imprescindible pero casi invisible, sabía que estaba allí pero no se había preocupado lo suficientemente por él- Debí darme cuenta...- murmuró entristecido.

El médico le advirtió sobre su corazón y le recetó unas pastillas, le recomendó descanso y vida tranquila.

-No se preocupe, será como usted dice.

Rufus movió la cabeza, sabía perfectamente que la edad no pasaba en balde y ninguna pastilla en el mundo podría detener lo inevitable, aún así esperaba que Dios o el destino le concedieran unos años más.

-Contrataré a alguien que te ayude, haces demasiadas cosas.

-Tampoco hay mucho que hacer, no hay nadie- aquello sonó un poco a reproche- Esta casa es grande, debería estar llena de risas, de gente.

-Bueno... eso es algo que no está en mi mano- dijo sonriendo Ludwig mientras se dirigía a la puerta, quería que Rufus comenzara a tomarse las pastillas aquella misma noche.

-Tenemos a una mujer que viene a limpiar dos días a la semana y un muchacho que se ocupa de los recados, no tiene por qué ir usted.

-Quiero hacerlo- dijo Ludwig resueltamente- me he ocupado tanto de los negocios que he dejado de lado lo que verdaderamente importa: las personas.

Salió de la casa y se dirigió dando un paseo a una farmacia cercana. En la calle y en el parque había muchos niños, las clases habían terminado ya y las risas y las voces se oían por doquier. Normalmente estaba tan atareado entre empresarios que no se había parado a comerse un helado en un parque o a disfrutar de un concierto, ni tan siquiera tenía tiempo ya para practicar la esgrima; llevaba veinte años trabajando sin parar, sin vivir. Rememoró toda su vida durante aquel paseo hasta la farmacia y se dio cuenta de lo extraña que había sido: primero en Alemania donde aquel malvado Foundling había sido el causante de su desgraciado amor con Anabel y el abandono de su propia hija, luego el duelo, su muerte y resurrección a manos de Charlotte que le convirtió en vampiro. Después la huida de ambos y el encuentro con aquel bebé de hombre lobo abandonado en un bosque húngaro. Erick había sido para él su máximo apoyo pero ahora tenía su vida junto a Tania, una mujer loba con la que tenía a dos pequeños de cuatro y seis años que hacían las delicias de todos. Recordó sus comienzos en Nueva York con la ayuda de Roderick, cómo allí conoció a otros vampiros, licántropos, brujos y satánicos y consiguió una relación cordial entre todos a pesar de la oposición de Markus Schultz. La aparición de Elizabeth había sido providencial para lograr un entendimiento con los brujos pero causó la envidia de Markus que aliado por pura casualidad con

Foundling sin que nadie supiera nada de él, había sido el causante de su huida y la muerte de la hermana Ángela. Por fortuna ambos estaban muertos, primero Foundling en Nueva York y Markus ocho años después en Escocia cuando intentó desestabilizar a Alex y a Rebeka con la aparición de Christine, la hija de Foundling que clamaba venganza.

Pobre Alex... estaba seguro que seguía sin perdonarse a sí mismo sabiéndose el causante de todos los problemas que surgieron por su indecisión y que causaron tanto dolor, sobre todo a Rebeka que jamás le perdonaría que tuviera un bebé con Christine. Por fortuna todo aquello estaba ya olvidado, hacía veinte años de todo aquello, las cosas habían cambiado y todos tenían su vida al margen de lo ocurrido, todos menos él. Tuvo un escueto y frío recuerdo para Charlotte, ¿dónde estaría? Probablemente disfrutando de la vida, como era su costumbre. Aún dudaba de si había hecho bien al dejarla marchar con vida después de traicionarles aunque en el último momento les ayudó; era un alma perdida que nunca sería feliz, quizás era el castigo o la condena que tenía que cumplir, al igual que él.

Cuando volvió a la casa se encontró con Rufus en su habitación colocándole el equipaje.

-¡Rufus!, ¡por el amor de Dios!, ¿qué estás haciendo?- dijo con enfado.

-Mi trabajo- contestó sucintamente.

-¿Es que no has oído al doctor?

-Le he oído perfectamente pero no pienso quedarme quieto como un pasmarote sin hacer nada, es imposible.

Ludwig le contempló durante unos instantes y no le quedó más remedio que sonreír, el terco carácter escocés de Rufus era superior a cualquier cosa, quizás no fuera del todo malo que siguiera haciendo algunas cosas para no sentirse como un inválido.

-Está bien, pero tómatelo con calma.

-No se preocupe. Ahora iré a preparar la cena.

A la mañana siguiente Ludwig se despertó sobresaltado, debía coger un vuelo y probablemente ya llegaba tarde. Se levantó de un salto y de pronto se detuvo: aquella no era la habitación de un hotel, era la de su casa en Madrid. Suspiró aliviado y volvió a tumbarse, recordó que había llegado la tarde anterior y que tenía una reunión de negocios pero no tenía que madrugar, así que dio media vuelta y se dejó sumir en un suave y reparador sueño entre aquellas sábanas de algodón blanco que tanto le relajaban. A media mañana le despertó el canto de un pájaro, abrió los ojos y sonrió, en ese momento pensó en su casa de Gotemba, cerca de Tokio. Allí había vivido ocho años, era un lugar maravilloso en plena naturaleza pero reconocía que poco práctico para los negocios. Se levantó y tomó una saludable ducha, después se secó vigorosamente con una toalla, se puso un albornoz y bajó a almorzar. Sobre la mesa estaba preparado un abundante desayuno que se apresuró a probar.

-No hay nada como estar en casa. Estoy harto de las comidas de los restaurantes y las habitaciones de hotel.

Rufus sonrió satisfactoriamente. En una época anterior, cuando Ludwig era un vampiro, apenas se alimentaba de un compuesto químico con una base de hemoglobina preparada por los padres de Rebeka, su ahijada; pero desde que Elizabeth le ofreció beber su sangre se convirtió en un ser casi normal, no era un vampiro, no necesitaba sangre pero aunque en un momento todo pareció seguir

igual, con el paso del tiempo había ido perdiendo sus capacidades. Aún así podía considerarse afortunado de verse favorecido por la esencia de la sangre de la joven bruja que otorgaba una larga y extensa vida.

Al anciano le encantaba ver comer a Ludwig, pensaba que una buena alimentación servía para eliminar cualquier mal corporal y mental.

-¿Quiere que le lleve a la reunión?

-No, cogeré un taxi- contestó rotundo Ludwig que no iba a consentir que Rufus siguiera haciéndose cargo de todo. El anciano no contestó, tácitamente habían llegado los dos a un acuerdo y Rufus entendía que le permitía seguir más o menos con parte de sus tareas diarias, pero no con todas.

\*\*\*

Las inclinadas torres Kio se recortaban en el paisaje madrileño como si estuvieran colgadas enigmáticamente del cielo. Mientras el taxi se acercaba a ellas, Ludwig iba repasando sus notas. Aquella reunión había surgido hacía escasamente dos días y al parecer el señor Martín-Siñero tenía mucho interés, lo cual no era del todo extraño porque era un asiduo comprador de antigüedades pero Ludwig no entendía que tuviera tanta ansiedad por verle en cuanto llegara a Madrid puesto que hacía apenas un mes que se habían visto.

-El señor Markgraf está aquí- anunció la bonita secretaria a su jefe por teléfono.

Casi al instante un hombre de grandes dimensiones, tanto como su sonrisa, y mirada perspicaz salió del elegante despacho haciendo aspavientos.

-¡Mi buen amigo Ludwig Markgraf!- dijo palmeándole la espalda- no le digo que pase porque quiero invitarle a desayunar, ¿lo ha hecho ya?, bueno no importa, tomará un aperitivo o lo que sea.

A Ludwig le divertía sobremanera don Eduardo Martín-Siñero, era un hombre campechano que había hecho su fortuna en el campo de la siderometalúrgica con un gran esfuerzo y de la nada, que tenía más mérito, por lo que muchas veces sus modales eran un tanto sencillos y recios, lo cual era de agradecer en aquellos ambientes empresariales donde todo era hipocresía y falsas sonrisas. Eduardo Martín-Siñero no admitió un no por respuesta y llevó a Ludwig a su sitio preferido en la ciudad: la cafetería Riofrío cerca de la Plaza de Colón. Ascendieron por la escalera lateral y se acomodaron en el interior donde el ambiente era más fresco.

-Le veo muy bien don Eduardo- alabó Ludwig- ¿ha perdido peso?

-Mi mujer...- dijo a modo de explicación mientras escogía unos canapés- me tiene todo el día a lechuga, por suerte no puede controlarme a todas horas- dijo con una sonora carcajada.

Ludwig reconocía que el carácter español era el que más le gustaba, eran abiertos, alegres y dicharacheros, y eso de que no trabajaban no era cierto, él lo había comprobado personalmente, aunque también había que decir que las cosas eran más lentas de lo habitual porque los almuerzos de negocios eran eternos. Con don Eduardo había llegado a entablar una relación prácticamente amistosa aunque siguieran llamándose de usted.

Se sentaron en una mesa haciendo esquina y don Eduardo dio buena cuenta de su almuerzo mientras que Ludwig se conformaba con un bitter bien frío ya que en julio en Madrid, el calor se hacía notar bastante.

-Aún no tengo ninguna pieza disponible para usted- le anunció Ludwig, sabía que sus preferidas eran las de Oriente Medio pero en ese momento no tenía nada destacable que ofrecerle.

El hombre movió la mano negativamente mientras movía los mofletes. Cuando consiguió tragar comenzó a hablar.

-No quería nada de eso, en realidad, querido amigo, quería hablarle de otra cosa, ¿puedo confiar en usted?- preguntó con seguridad.

-Por supuesto.

-Bien- dijo limpiándose la boca con una servilleta de papel- Quiero vino- dijo sin más.

-¿Le pido una copa? Aunque es un poco pronto para...

-No, no, no...- dijo moviendo la cabeza de un lado para otro- Sé que tiene un negocio con un socio, aunque usted no aparece en ningún lado- casi susurró.

Ludwig sonrió, "de manera que se trataba de eso..."

-Sí, pero no es un secreto. Se trata de las Bodegas Shein-Castro- confirmó Ludwig cruzando las piernas, le gustaba que don Eduardo fuera franco con él.

-Efectivamente. He probado ese "Sonrisa de Isabel", ¡es insuperable! Pero no lo he encontrado por aquí, he intentado ponerme en contacto con el productor y cual ha sido mi sorpresa al ir tirando del hilo y encontrarme con que mi viejo amigo Ludwig es uno de los socios.

-Si me lo hubiera dicho hubiera traído un par de botellas.

-¿En serio?- preguntó alborozado- Tengo un negocio entre manos con gente muy importante, ya sabe...- hizo un gesto de hastío, a él tampoco le gustaba toda aquella palabrería con los magnates. Eduardo Martín-Siñero prefería resolver los negocios en una tasca frente a un buen chato de vino pero con la gente de "alta alcurnia social" como él los llamaba no podía hacer eso, los negocios se hacían en frías salas de reuniones o finos restaurantes de precios desorbitados- Quiero dejarles con la boca abierta y con ese vino lo conseguiré.

-¿Cuándo tiene esa reunión?

-El martes- respondió al instante.

Ludwig adoptó la expresión del que está buscando en su memoria algo importante. Don Eduardo le observaba con ansiedad.

-Tendrá diez botellas el lunes- dijo Ludwig por fin.

-¡Bien! Pagaré lo que sea, no se preocupe, sé que es un vino muy caro.

-Lo es, pero se las regalo.

Martín-Siñero se quedó con la boca abierta, al precio de aquellas botellas era como si le hubiera regalado diez lingotes de oro.

-Escúcheme amigo- dijo Ludwig adoptando una actitud cómplice e inclinándose hacia delante para que nadie más pudiera oírles- El "Sonrisa de Isabel" está teniendo una gran aceptación pero el mercado es muy reticente aún a un tinto gallego. Esa reunión de la que habla puede que sea la puerta de entrada, ¿qué me dice?

Martín-Siñero soltó una sonora carcajada.



-Trato hecho, le aseguró que mis invitados sabrán exactamente qué vino están bebiendo y no me cabe la menor duda de que la semana que viene tendrá varios importantes pedidos.

Ludwig sonrió, le encantaba que los negocios fueran así de fáciles. Los dos hombres prolongaron su conversación hasta la hora de comer, después cada uno volvió a sus quehaceres.

-¿Quedamos el jueves para comer y le cuento los resultados?- le preguntó don Eduardo a la salida de Riofrío tras despedirse.

-No estaré aquí la semana que viene.

-¿Otra vez de viaje?

-Esta vez por placer. En ésta época suelo pasar un par de semanas en Galicia, precisamente con el viticultor del "Sonrisa de Isabel". Tiene un pazo precioso cerca de Fisterra.

-Buena tierra, lo sé porque también es la mía y hace tiempo que no voy allí. Dichoso usted, podrá comer marisco y disfrutar de un poco de frescor, el verano en Madrid es duro. Diviertase- le palmeó la espalda y corrió hacia el taxi que le esperaba. Toda su enorme humanidad se movió al compás de su carrera pero ágilmente se introdujo en el coche que se perdió entre el tráfico.

\*\*\*

-¿Estás seguro de que no quieres venir? Te vendría bien pasar el verano al lado del mar- insistió Ludwig metiéndose en el taxi que le llevaba a la estación de tren.

Rufus movió la cabeza enérgicamente.

-Aquí estoy bien, por las tardes refresca y me gusta quedarme en el jardín leyendo.

-Está bien...- aceptó Ludwig.

Para Rufus, aquellas tierras del norte del país tenían demasiada humedad y sus huesos se resentían, además no quería ser una continua preocupación para Ludwig ya que sabía que aquellas escapadas al pazo de Elizabeth eran su único momento de descanso. Él se quedaría en Madrid disfrutando placenteramente del jardín y ocupándose de que la casa estuviera en perfecto estado.

Ludwig había recuperado el amor por los viajes en tren. A pesar de que estos eran tremendamente rápidos, cómodos y competían con el avión, no dejaba de ser un viaje lleno de encanto contemplando el paisaje que ante su mirada se desplazaba a toda velocidad sin apenas poder fijarse en los detalles. El joven bajó la mesita delantera cuando la amable azafata le sirvió el desayuno y disfrutó de una sensación de paz y tranquilidad a la que le costaba mucho acostumbrarse. No tenía ninguna cita pendiente y había anulado toda su agenda hasta principios de Agosto, esa ausencia de trabajo le creaba cierta sensación de ansiedad pues tras una vida tan ajetreada, su subconsciente se negaba a admitir que todo aquello se hubiera detenido de repente y le mandaba falsas señales de alarma que hacían que Ludwig se preguntara constantemente si no había pasado por alto algo importante o si había cumplido con todas sus citas convenientemente. Por fortuna aquella sensación sólo duraba un par de días, así que tenía por delante quince estupendos y maravillosos días para relajarse y descansar.

Después de leer el periódico se dedicó a contemplar de manera ociosa al resto de sus compañeros de viaje. En su mayoría parecían hombres de negocios ya que había escogido un asiento en la

clase club, aunque también había varias personas que por su actitud y atuendo empezaban sus vacaciones, al igual que varias familias con niños. Imaginaba que irían a la playa a jugar con la arena y disfrutar de una estancia encantadora en algún hotel o casa familiar. No tardó en quedarse dormido sumido en sus propios pensamientos acunado por el leve rumor del tren.

Se despertó al escuchar una risa cantarina en el otro extremo de su coche, se incorporó en el asiento para descubrir a la joven poseedora de aquella risa y descubrió a una joven morena de ojos brillantes que consultaba un mapa junto al que debía ser su novio. Ambos se besaron apasionadamente y Ludwig bajó la cabeza, no es que le diera envidia la felicidad ajena, pero si le inundaba una tremenda tristeza, ¿por qué negarlo? Se sentía solo, tremendamente solo. Ni siquiera podía ir a visitar la tumba de Anabel, y menos la de Ángela que se encontraba protegida dentro de una iglesia. Suspiró con dolor mientras acariciaba las cuentas del rosario de nácar que llevaba en su bolsillo. Las dos mujeres que le habían llegado al corazón habían muerto demasiado jóvenes y prácticamente por su culpa. Su ceño se frunció durante unos segundos, quizás fuera posible trasladar los restos de Anabel; ya lo había hecho en una ocasión al llevarlos de Alemania a Nueva York, podría hacer lo mismo ahora. No se trataba de un fetichismo enfermizo, simplemente quería estar cerca de la mujer que había amado, la lástima es que no pudiera hacer lo mismo con los restos de Ángela, era aún demasiado pronto. Para un mortal veintiocho años no eran nada, aún tenía familia y no podía reclamar sus restos sin levantar sospechas, pero con los de Anabel sí podía. La idea fue tomando forma en su cabeza y antes de llegar a la estación de Santiago de Compostela ya había llamado a Rufus para que iniciara los trámites necesarios. La noticia le supuso al anciano la alegría de saber que Ludwig seguía confiando en él y no le consideraba un trasto viejo al que debía apartar. Tenía tiempo y energía para aquello y rápidamente se puso manos a la obra.

Del tren bajó un número considerable de personas, era evidente que la mayoría había viajado en clase turista. Casi todos iban cargados de mochilas y llevaban zapatos cómodos, normal en aquella época ya que probablemente eran peregrinos que llegaban para hacer su ofrenda al Santo, o simplemente excursionistas que no se querían perder el día grande de Galicia. Hacía más calor del que Ludwig pensaba, aunque por supuesto el ambiente era más húmedo y el sol se ocultaba a veces entre las nubes.

Antes siquiera de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, una joven se le abalanzó, se colgó de su cuello y le abrazó con fuerza.

-¡Ludwig!, ¡qué alegría verte!

-¡Cualquiera lo diría, has estado a punto de ahogarme!- contestó alegremente mientras correspondía a su abrazo.

Elizabeth rió con alegría, estaba igual que siempre: joven, bonita y llena de vitalidad. Aún recordaba a la asustadiza muchacha de veintiocho años antes cuando en una reunión secreta de La Comunidad formada por brujos, satánicos, licántropos y vampiros se la conminó a ser la nueva líder del grupo de brujos; tras el desmayo inicial y no pocas conversaciones y encuentros logró convencerla ofreciéndola todo su apoyo. Con ella había vivido momentos muy significativos tanto en Nueva York como en Japón, sin embargo para él lo más importante había sido el momento en que le ofreció beber de su sangre y liberarle del vampirismo que le tenía sometido. Aquello les

había convertido en hermanos y entre ellos había una estrecha relación de amistad y sincero aprecio.

-¿Y Paul?- preguntó mirando alrededor- Tengo muy buenas noticias para él.

-No ha encontrado aparcamiento y nos está esperando fuera. ¿Es que vais a estar todo el tiempo hablando de trabajo?- preguntó enfurruñada- No quiero oír una palabra más sobre los negocios, ¿entendido?- casi ordenó.

-Está bien señora- Ludwig bromeó- procuraremos hablar cuando no estés tú- La besó en la mejilla con cariño y salieron los dos en busca de Paul que les esperaba con el todoterreno aparcado en doble fila.

-¡Hola!- gritó saludando con la mano. Al sonreír sus ojos se empequeñecieron y su rostro fue surcado por varias arrugas que delataban su edad- ¿Qué tal el viaje?- preguntó tras abrazarse y palmearse la espalda ambos.

-Muy bien. Por lo que veo hace un tiempo magnífico.

-No te creas, en cualquier momento puede caer un chaparrón- anunció Paul mientras metía la maleta de Ludwig en la parte de atrás.

-Espero que el tiempo no desluzca la celebración del día de Santiago.

-Eso no ocurriría nunca- explicó Elizabeth- llueva o haga sol, Santiago está siempre lleno de peregrinos y éste año más.

-Es cierto, es Año Xacobeo, ¿verdad?- Ludwig se acordó de aquel detalle significativo. Mientras atravesaban la populosa ciudad y cogían la autopista hacia Fisterra no dejaron de ver a numerosos peregrinos que portaban un largo cayado para ayudarse en el Camino y varias conchas que certificaban su condición de peregrino, algunos buscaban alojamiento, otros tan solo estaban de paso, pero estaba claro que permanecerían allí hasta el domingo 25 de julio, día de Santiago Apóstol.

Los paisajes gallegos eran realmente maravillosos: verdes, jugosos... en pocos lugares parecía todo tan vívido, tan limpio. El tiempo se había estancado en aquella zona, las costumbres ancestrales permanecían no solo en la memoria colectiva sino que se hacían patentes en la vida cotidiana de las personas, ya fueran jóvenes o ancianas y sobre todo en la población rural que seguía viviendo de sus animales, sus cosechas o de la mar como lo habían hecho sus abuelos y los abuelos de éstos. En las ciudades como A Coruña o Lugo, las cosas habían cambiado, todo era moderno y vanguardista pero aún así se palpaba una cierta aura de misticismo, de supervivencia de lo oculto que le daba un aire misterioso, original y totalmente encantador.

A medida que la carretera iba acercándose a la costa, el aroma a salitre se hizo más intenso. Debían tener cuidado para no atropellar a los peregrinos que iban andando por el arcén, habían dejado atrás la autovía y circulaban por carreteras secundarias bordeadas por altas matas que emergían con total espontaneidad.

-Apenas te habrá dado tiempo a descansar- aventuró Elizabeth- hace poco estuviste en Burdeos, ¿no?

-Si, últimamente no paro mucho en ningún sitio. Ayer me desperté en casa y no sabía dónde estaba- confesó Ludwig sin apartar la vista del paisaje. Elizabeth se había acomodado detrás pero se apoyaba en los asientos delanteros para no perder el hilo de la conversación.

-¡Jajaja!, eso es malo, Ludwig- bromeó Paul- lo malo es que si duermes acompañado tampoco sabrás con quién estás.

-Eso no sucede... prácticamente nunca- aseguró Ludwig.

-¿Prácticamente nunca?- repitió Elizabeth asombrada- ¿quieres decir entonces que alguna vez te ha ocurrido?

-Bueno...- Ludwig no sabía como salir de aquello. No le gustaban aquellas conversaciones, era muy celoso de su intimidad pero reconocía que en algún momento había estado con alguna mujer que le había parecido interesante, aunque aquellas situaciones habían sido muy escasas- Elizabeth, ¿es que tienes que saberlo todo?

-No la llames Elizabeth o se enfadará- le advirtió con tono de broma Paul.

-Es cierto, olvidé que desde que llegaste aquí te convertiste en Isabel, perdona.

-No es que me convirtiera en Isabel, es que soy Isabel- contestó la bruja con énfasis- ¡cuidado con aquella piedra!- con un rápido movimiento de su dedo, una piedra de grandes dimensiones que se encontraba en medio del camino salió volando y quedó depositada en el arcén.

-Eso si ha sido un buen truco- murmuró Ludwig.

-He vuelto a mi tierra, a mi verdadero hogar- prosiguió Isabel sin darle importancia a lo que acababa de hacer- no tengo que ocultarme de nada.

-Si, la meiga ha vuelto a su cueva...- bromeó Paul.

-¿No me digas que sale todas las noches a volar en su escoba?

-Solo las noches de luna llena- Paul continuó con la broma.

-¡Bah!, sois un par de idiotas- sentenció Isabel recostándose en el asiento ante las carcajadas de su amigo y su marido.

El todoterreno llegó hasta el cruceiro de piedra que señalaba que se encontraban a escasos metros del Pazo O' Breo. El canto de los pájaros y el siseo de las lagartijas era el sonido habitual de aquella zona.

Nuno, el marido de Breixa se encontraba en el jardín con una azada cuidando de los macizos de flores y cuando vio que se acercaba el coche ordenó a Xurxo, el joven mozo que les ayudaba que abriera la verja. La entrada al pazo estaba constituida por un camino de gravilla que crujió cuando el todoterreno se internó en él para llegar hasta la casa. El mozo apenas levantó los ojos del suelo, era demasiado tímido y su mirada era recelosa, cerró la verja cuando el coche estuvo dentro y al hacerlo vio en el camino, detenida sobre su bicicleta a Lúa, una muchacha de unos diecisiete años que miraba con atención. Era más o menos de su misma edad, muy bonita, de cabello rubio y sedoso que ahora peinaba en dos trenzas pero lo que más destacaba de ella eran sus ojos verdes intensos. Xurxo se sonrojó visiblemente, siempre que la veía le ocurría igual pero movió la cabeza a modo de saludo. Lúa apenas le vio, tenía la vista fija en el interior del jardín, contempló como descendía primero Ludwig y después Isabel con Paul, que la rodeó los hombros mientras andaban hacia la casa. Lúa apretó las mandíbulas con odio, se incorporó sobre los pedales de su bicicleta y

pedaleó con fuerza hasta desaparecer por el camino. Xurxo se quedó mirando embobado hasta que un grito de Nuno le sacó de su ensimismamiento.

-¿Es que te vas a quedar todo el día apoyado en la verja? Tenemos mucho que hacer.

El joven se apartó de la puerta y se aproximó al jardín, lamentaba que Lúa no le hubiera saludado aunque normalmente no parecía reparar en él.

Ludwig respiró hondo antes de entrar en la casa, amaba aquel lugar, era realmente precioso y en muchas ocasiones se preguntaba por qué no se había decidido a vivir allí en vez de en Madrid pero reconocía que la capital también tenía su encanto y quería mantener el pazo como un reducto de paz, un lugar secreto en el que refugiarse, y ya se sabe: lo bueno si breve, dos veces buenos. Se alojó como de costumbre en el pequeño apartamento para invitados que tenía salida independiente al jardín y le dotaba de bastante intimidad, podía entrar o salir a su antojo. Paul e Isabel se lo habían repetido muchas veces: no querían que fuera su invitado, podía entrar y salir dónde y cómo quisiera sin dar explicaciones y Ludwig lo cumplía a la perfección, en muchas ocasiones habían pasado varios días sin saber nada de él, aunque la mayoría de las veces solían cenar los tres juntos.

La tarde fue pasando tranquilamente mientras que Ludwig organizaba su equipaje e Isabel junto con Breixa preparaba la cena. Paul lo preparó todo en el jardín, el tiempo no amenazaba lluvia y la temperatura era agradable. La luz de los pequeños farolillos iluminaba la mesa con calidez y los tres disfrutaron de una cena familiar en la que no faltaron los mariscos y la empanada gallega, además de una buena botella de "Sonrisa de Isabel".

-Está buenísima- alabó Ludwig saboreando un trozo de empanada de carne.

-Aquí todo es inmejorable- corroboró Isabel- además es todo casero, Breixa es una gran cocinera.

-Isabel está aprendiendo a cocinar también- incidió Paul mientras abría una nécora.

-¡Vaya, eso es nuevo!, ¿qué tal se te da?

La aludida se encogió de hombros.

-Creo que de momento soy mejor bruja que cocinera- admitió tras chupar la pata de una cigala.

Una leve brisa húmeda les hizo estremecerse y la gata negra de Isabel hizo su majestuosa aparición en el jardín maullando atraída por el marisco.

-¡Hola Cordelia!, ¿me has echado de menos?- preguntó Ludwig amistosamente.

La gata le miró con sus expresivos ojos ambarinos y movió la cabeza como si asintiera.

-Está refrescando, puede que mañana llueva un poco- aventuró Paul observando el cielo- siento que se te estropeen las vacaciones.

-Me da igual, esto es más bonito con lluvia que con sol.

-¿Te quedarás para el día del Apóstol?

-Si, esta vez voy a tomarme más tiempo de vacaciones.

-¿Y eso?

Ludwig sonrió.

-Bueno, las cosas van viento en popa. Erick se está encargando muy bien de las antigüedades, hablé con él el otro día, entre los niños y el trabajo apenas tiene tiempo para nada pero está encantado.

-Se me hace raro ver a Erick con niños- murmuró Isabel con una sonrisa- siempre ha sido demasiado independiente y libre.

-Bueno cariño- interrumpió Paul cogiéndola la mano- por muy independiente que sea un hombre, cuando encuentra a la mujer adecuada su vida cambia.

Ludwig sonrió, le encantaba verlos felices.

-Bueno, por una parte eso, y por otra...- continuó hablando mientras se servía una copa de vino- tengo buenas noticias con respecto al "Sonrisa de Isabel"

-Es cierto... algo me comentaste en la estación- recordó la bruja.

-¿A qué te refieres?- preguntó interesado Paul.

-Un buen amigo mío de Madrid está muy interesado en el vino para una reunión privada de varios ejecutivos. Le he prometido una caja a cambio de que lo promocióne bien, y lo hará. El mercado madrileño está a punto de caer a nuestros pies- aseguró henchido de orgullo. Le hubiera encantado que en aquel negocio vitivinícola hubiera participado también Alonso Galván, un buen amigo vampiro que Markus había matado hacía años, al igual que a otros vampiros, para dejarle sin apoyos. Alonso era un entendido y enamorado de los vinos y sin duda hubiera disfrutado enormemente con todo aquello

-¡Bien!- exclamó Paul con satisfacción- Aquí en Coruña también está funcionando estupendamente. Varios restauradores me han hecho importantes pedidos.

-Entonces brindemos- dijo Isabel- ¡Y por favor, dejad de hablar de trabajo!

\*\*\*

La Rapa das Bestas era un rito ancestral ya desde la Edad Bronce y consistía en domar a la bestias, una tradición que en el mes de julio se hacía imprescindible para todos aquellos que querían imbuirse en el espíritu más primitivo de Galicia. Ludwig sabía que aquello se había convertido en un espectáculo de interés turístico pero aún así siempre le encantaba ver a aquellos hombres duros medirse en fuerza con los caballos salvajes. Los propietarios de los caballos que corrían libres por el monte bajaban las reses al curro, recinto tradicional donde los arrasadores, con solo sus manos combatían con los caballos para reducirlos con el fin de marcarlos y cortar o rapar sus crines. Era un espectáculo totalmente salvaje que inundaba de adrenalina a los participantes y a los que acudían a verlo. Había muchos curros dispersos en las montañas del norte y el centro de Galicia, aunque en algunos lugares como en Ourense ya no se hacía la rapa debido a que "os cabalos cómenos os lobos".

Ludwig había acudido a Pobra do Caramiñal en el pequeño automóvil de Isabel guiándose por el G.P.S. aunque en aquellas tierras indómitas había veces que el navegador se quedaba un tanto perplejo sin saber qué camino coger, para ello era más seguro seguir las indicaciones de los labriegos o la gente del pueblo. El joven se había olvidado de su atuendo de ciudad y vestía ropa cómoda y práctica con botas altas que eliminaban la posibilidad de que el barro ensuciara sus pantalones. Llevaba las manos en los bolsillos y se encontraba en total libertad. Después de aparcar en el pueblo caminó hacia el curro donde la gente pugnaba por conseguir los mejores sitios. Consiguió un buen puesto y se dispuso a disfrutar del espectáculo. Le encantaban los caballos y

siempre era algo extraordinario contemplar una doma de esas características. Los animales se rebelaban con furia sin ceder un ápice a las pretensiones de los agarradores que se lanzaban sobre ellos con toda la fuerza de la que eran capaces para domeñar a los caballos salvajes. Cuando alguno de esos hombres conseguía subirse a lomos del caballo era festejado con gran alegría, era un grito sordo de poder sobre los elementos y la fuerza de la Naturaleza. A Ludwig se le introducía la fría humedad del ambiente hasta los pulmones y aspiraba con fuerza aquel aire impoluto que parecía querer limpiar todo su interior.

Al terminar la Rapa solía haber romerías que festejaban el dominio de los agarradores que consistían en una exhibición de productos típicos del lugar unido a una feria del ganado caballar amenizada con música de muñeiras y folclore típico.

El joven dio una vuelta por los alrededores pero no tardó demasiado en iniciar el camino de regreso. Ni Paul ni Isabel habían podido acompañarle, la joven estaba volcada en la exposición que se preparaba en la Catedral de Santiago y en cuanto a Paul estaba trabajando en la bodega controlando la fermentación del vino en las barricas nuevas.

De camino al pazo se encontró con muchos peregrinos que sonrientes circulaban por el arcén, les saludó amistosamente con el claxon y ellos le devolvieron el gesto agitando la mano animadamente. Solía ser buena gente, jóvenes y mayores; tal vez él hiciera el Camino un año de estos. De pronto reparó en una joven de cabello pelirrojo que avanzaba a buen paso, en su rostro no había la alegría de sus compañeros, más bien de preocupación; de todas maneras no podía estar seguro, él iba en coche y solo fue una rápida apreciación.

Cuando llegó al Pazo tocó el claxon para que le abrieran la verja, tardaron varios minutos hasta que Nuno con su paso cansado se acercó.

-¿Dónde está Xurxo?

-Ni idea, ese joven está atontado, anda todo el día con la mente en las musarañas y se olvida de todo- se quejó el hombre.

-No pasa nada- dijo Ludwig sonriendo. Por el espejo retrovisor vio al joven corriendo desde el otro extremo del jardín, donde se encontraba una bonita muchacha apoyada en el muro exterior junto a una bicicleta. Ludwig sonrió, ahora entendía por qué el joven Xurxo desatendía sus obligaciones, la culpa era sin duda de aquella jovencita que no apartaba la vista del coche.

-¿Por qué descuidaste tu trabajo?- le reprendió Nuno- El señor Ludwig ha tenido que esperar para que le abriera la puerta.

-Lo siento, no me di cuenta- respondió azorado.

-¿Dónde estabas?- antes de contestar su vista escrutó el lugar de donde había venido corriendo el mozo y descubrió a Lúa- Ya veo...- su ánimo se apaciguó- Espero que su abuela sepa dónde está o se enfadará.

Xurxo volvió al lado de Lúa. Normalmente la joven no solía entablar demasiada conversación con él pero en aquella ocasión parecía incluso amable.

-¿Es ese el hombre que me has contado que viene todos los años?- preguntó observando como Ludwig descendía del coche.

-Si, el señor Ludwig, es amigo de los señores.

-Es guapo- reconoció para amargura de Xurxo.  
-No sé, yo no entiendo de esas cosas- repuso el joven con mal humor mientras retorció una pequeña rama entre sus dedos. Las abejas revoloteaban a su alrededor zumbando.  
-Yo te lo digo- dijo mirándole con atención con sus profundos ojos verdes- ¿Cuándo se irá?  
-No lo sé. Espero que pronto- se restregó la nariz con fuerza con el dorso de la mano.  
-¿Ha vuelto ya Paul?- preguntó cambiando de tema.  
A Xurxo le parecía extraño que Lúa tratase de tú al señor Paul que podría ser su padre, aunque tenía que admitir que el hecho de que le ayudase con el inglés en verano hacía que su relación fuera de bastante confianza.  
-Vendrá más tarde, ¿quieres que vayamos al río? Hace calor y podríamos nadar- propuso Xurxo esperanzado sin levantar la vista.  
Lúa le miró con asombro, nunca hasta entonces Xurxo le había dicho algo así. Contempló de arriba abajo al joven: su cabello claro despeinado, sus ojos de un color miel desvaído, su mirada huidiza, su cuerpo flaco y largo... -No, tengo que marcharme, mi abuela me espera.  
-Está bien...- aceptó Xurxo con desilusión, pero Lúa ya había dado la vuelta a su bicicleta y se montaba en ella con sus pantalones cortos que dejaban lucir sus esbeltas y bien formadas piernas.

El todoterreno de Paul volvía de la productora de vino y se internó en el camino serpenteante que llegaba a su casa cuando de pronto tuvo que dar un volantazo para no llevarse por delante a la figura que acababa de cruzársele en el camino.  
-¡Dios!- paró el coche y salió apresuradamente esperando no haber causado ningún daño- ¡Lúa!- exclamó al reconocer a la joven- ¿Estás bien?, ¡por todos los santos, chiquilla, podría haberte matado!  
Ayudó a la joven a incorporarse y después levantó su bicicleta que había quedado un tanto accidentada en medio del camino.  
-Sí, estoy bien- contestó la joven sacudiéndose la ropa pero cuando intentó andar gritó al apoyar su pie derecho.  
-Déjame ver, sin duda te lo has torcido- aseguró Paul mientras se agachaba y palpaba el tobillo hinchado de la muchacha- Te llevaré al pazo y te curaré allí, está más cerca que si vamos a buscar al médico a Fisterra.  
-Tengo que marcharme, mi abuela me espera- murmuró la joven observando como Paul ponía la bicicleta en la parte de atrás del todoterreno y abría la portezuela para que entrara.  
-Pues tendrá que esperar un poco más. No voy a consentir que te vayas en éste estado a tu casa- su voz sonaba autoritaria y Lúa sonrió encantada por las atenciones recibidas.  
-¿Qué hacías por aquí?- le preguntó ya cerca del pazo.  
-Vine a ver si estabas.  
-Es verdad, olvidé lo de tus clases de inglés... ahora tengo mucho trabajo, tendremos que esperar al martes, ¿te parece bien?  
-¿Es por ese amigo tuyo que ha venido?- preguntó con intención fijando en el hombre sus bonitos ojos verdes.  
-¿Cómo sabes eso?  
-Le vi esta mañana.



-No es por eso, Ludwig entra y sale de casa sin ningún problema, no es un invitado es parte de la familia, viene todos los años.

Paul la miró de soslayo, a pesar de sus trenzas y su aspecto infantil no engañaba a nadie, Lúa era como una coqueta lolita gallega que traía de cabeza a todos los jóvenes del pueblo y no tan jóvenes. Entendía muy bien que Xurxo anduviera más torpe de lo normal los días que Lúa iba al pazo para sus clases de inglés, era una joven muy bonita pero para él solo era una niña a la que ahora había estado a punto de atropellar.

Xurxo frunció el ceño cuando abrió la verja y vio a Lúa sentada al lado del señor Paul. Siempre se salía con la suya aunque no sabía muy bien como lo hacía. Contempló como el coche llegaba hasta la puerta y el señor la ayudaba a bajar, ¿qué habría ocurrido? Lúa cojeaba visiblemente y Paul optó por cogerla en brazos para introducirla lo más rápidamente en la casa. Xurxo chasqueó los labios y dio una patada a un matorral, le hubiera encantado ser él quién la rescatara de lo que fuera que le hubiera ocurrido.

-¡Breixa!- llamó Paul cuando entró en la casa. Acomodó a Lúa en el sillón y le quitó las deportivas. Su tobillo se había hinchado bastante, suerte tendrían si no estaba roto, de momento se conformaría con hacerle una cura de primeros auxilios y luego la llevaría al pueblo.

-¿Qué pasó?- preguntó la mujer que llegó al salón desde la cocina limpiándose las manos en un trapo.

-Casi la atropello en el camino, creo que se ha torcido un pie.

-A ver...- la anciana palpó el pie de la muchacha y ésta gritó de dolor- Si, está torcido pero no roto. Voy a traer un remedio casero que la dejará como nueva.

Los ojos verdes de Lúa recorrieron la estancia.

-¿No está tu mujer?- preguntó con cierto desdén.

-Isabel está en Santiago, volverá por la noche- respondió Paul buscando un cojín para que estuviera más cómoda y no vio el mohín de la joven- ¿Quieres tomar algo?

-Si, un vino- dijo ella con seriedad.

-Te traeré un refresco- repuso Paul divertido haciendo caso omiso de los deseos de Lúa.

-No soy una niña- dijo ella con enfado.

-Por lo que a mi respecta eres un niña, y bastante mimada, por cierto- repuso Paul sin volver la cabeza mientras se encaminaba a la cocina para buscar el refresco. Vio a Xurxo a través de la ventana y salió por la puerta de la cocina para llamarle.

-¡Xurxo!

El mozo corrió a la llamada y se quedó parado frente al hombre.

-Mira a ver si puedes arreglar la bicicleta de Lúa, le he dado un golpe con el coche. Si no tiene remedio le compraré otra.

-Si- contestó simplemente.

Xurxo sacó la bicicleta del todoterreno y la contempló. No tenía tantos desperfectos como el señor Paul imaginaba, la rueda estaba torcida y un poco abollada pero nada que él no pudiera arreglar, la llevó al cobertizo y comenzó a arreglarla con presteza. Era muy bueno con los trabajos manuales,

le encantaba tallar y hacer pequeños juguetes. A la entrada del pazo había construido una pequeña casa para pájaros y todos habían alabado su habilidad.

Las burbujas del refresco de limón le hicieron cosquillas a Lúa en la nariz.

-Esto te sentará mejor que el vino, créeme- aseguró Paul mientras observaba cómo Breixa frotaba vigorosamente el tobillo de la joven- Si Isabel estuviera aquí seguro que te habría quitado el dolor inmediatamente.

-No creo que tu mujer sepa hacer gran cosa además de estar en Santiago- repuso con atrevimiento.

-¡Lúa!- se escandalizó Breixa- ¿cómo se te ocurre decir algo así?

Paul se rió abiertamente.

-Déjalo Breixa, la juventud es así, no tiene ningún reparo en decir lo que piensa, ¿verdad? Pues que sepas, pequeña sabionda, que este unguento que te va a poner ahora Breixa lo ha hecho Isabel.

Aquellas palabras sirvieron para que Lúa se revoliera y se deshiciera de las manos de Breixa.

-Ya estoy bien, no me duele nada, me voy a mi casa- dijo levantándose y apoyando con cuidado el pie en el suelo.

-No puedes irte así, deja al menos que te lo vendemos.

-¡Estoy bien!- exclamó malhumorada mientras salía al exterior sin despedirse.

-Será capaz de marchar a su casa con el tobillo torcido...- aseguró Breixa asombrada- que chiquilla más terca.

El tobillo le dolía más de lo que podía imaginar pero hacía esfuerzos para disimularlo y Breixa y Paul no tuvieron más remedio que dejarla ir.

Xurxo se acercó a ella cuando la vio salir de la casa.

-¿Estás bien?

-Me voy a mi casa- dijo ella a modo de contestación.

-He arreglado tu bicicleta- dijo orgulloso esperando una alabanza o una sonrisa como premio a su labor.

-No creo que pueda pedalear...- murmuró con fastidio hablando consigo misma. Después pareció recordar que Xurxo estaba a su lado y le miró con una sonrisa coqueta.

-¿Podrías llevarme a mi casa? Tienes una moto, ¿no?

El mozo no se podía creer lo que estaba escuchando: ¡él llevando a Lúa a su casa! Por su puesto que tenía una moto, bueno, más bien un pequeño ciclomotor, pero si era necesario robaría una.

-Si claro, espérame aquí un momento.

Paul contempló desde las escaleras de la entrada como Lúa se marchaba con Xurxo en su moto. Sus ojos se cruzaron con los de la joven que al sentirse observada se abrazó con fuerza al mozo que se estremeció agradablemente.

-Esa cría es testaruda como una mula- murmuró Breixa a su lado mientras entraba de nuevo en la casa para recoger las cosas.

-Esta noche me acercaré a su casa para llevarle la bicicleta, no sé que le ha podido pasar para salir corriendo sin dejar que la curáramos.

La anciana murmuró algo sobre lo inocentes que pueden ser los hombres algunas veces y se perdió en la cocina nuevamente. Paul se encogió de hombros y se dirigió a su despacho para realizar algunas llamadas. A los pocos minutos de estar inmerso en su trabajo se olvidó por completo de Lúa y de todo lo que había pasado con ella.

Por el camino del bosque que llevaba a su casa, la joven dejó de abrazarse a Xurxo y antes de llegar le pidió que parara.

-¿Por qué? No puedes andar, no me cuesta nada llevarte hasta allí.

-No quiero que me lleves, iré andando, no es mucho.

El muchacho se sintió ofendido, sin duda no quería que le vieran con él. La familia de Lúa tenía dinero y él era sólo un pobre ayudante en el pazo O' Breo. Apretó las mandíbulas y detuvo el ciclomotor, si Lúa quería marcharse a pie que lo hiciera, él no iba a ayudarla más.

-Muchas gracias, Xurxo- dijo la joven con amabilidad mientras se apartaba los mechones sueltos de sus trenzas.

-No hay de qué- dijo el joven olvidándose instantáneamente del enfado que había experimentado segundos antes.

-Y gracias por arreglarme la bicicleta. Iré dentro de un par de días a por ella.

El joven asintió, dio media vuelta y se marchó con el corazón alegre.

\*\*\*

-¿Por qué no vamos esta noche a cenar a la villa de Fisterra?- propuso Isabel cuando volvió a casa- Me apetece mucho salir y así Ludwig podrá estar con más gente.

-Tendrá que ser otro día. Esta noche quiero acercarme al Parador.

-¿Al Parador?- se extrañó Isabel- ¿Por qué?

-Tengo que devolverle la bicicleta a Lúa, esta tarde casi la atropello con el coche- La bruja apretó los labios y no dijo nada. No le gustaba aquella cría y sabía que el sentimiento era mutuo- Se torció un tobillo y la trajo a casa para curarla pero de pronto no sé qué le pasó y se marchó, Xurxo la llevó en su moto- explicó mientras se desvestía para tomar una ducha.

-Mejor así. Lúa es una niña caprichosa y mimada. No me extrañaría que le dijera a su abuela que te denunciara, podría buscarte un problema- comentó mientras observaba su cuerpo varonil.

-No digas tonterías, es simplemente una chiquilla. Los días que le doy clase de inglés se comporta perfectamente, es muy lista y aprende rápido. Conmigo es muy simpática- dijo desde la ducha mientras abría el grifo y el agua caía.

-Si, contigo, con los demás no. No me gusta como me mira.

-¿Qué dices?- preguntó Paul que con el ruido del agua no oía bien.

-Que no me gusta como me mira- repitió Isabel abriendo la puerta de la ducha.

-Será que no te mira tan bien como yo. ¿No quieres tomar una ducha tú también?- preguntó incitante.

Isabel sonrió y no se lo pensó dos veces, se despojó rápidamente de la camiseta, la falda y su ropa interior y se introdujo en la ducha donde la recibieron los amorosos brazos de su marido.

-No te preocupes- dijo Paul besándola en la frente- Volveré pronto y bajaremos a Fisterra a cenar, ¿te parece bien? Prometo salir corriendo si veo que Lúa me mira sospechosamente.

Isabel no pudo contestar porque Paul la besó apasionadamente en la boca.

**E**l Parador de los Quiroga se recortaba en el paisaje ya cubierto por las sombras. La iluminación exterior le daba un aspecto recio que aumentaba su majestuosidad. No se encontraba demasiado lejos de Fisterra y contaba con la proximidad del mar y la montaña lo que contribuía a conformar un paisaje espectacular. Se podía acceder desde la autovía o también por el camino del bosque que era un atajo que los lugareños conocían pero era un tanto incómodo porque el camino apenas era un sendero. Tenía 20 lujosas habitaciones distribuidas por lo que antiguamente fue un antiguo palacio fortificado. Estaba lleno de obras de arte y no se había perdido su tradicional decoración pero si se le había dotado de las mejores infraestructuras para que el turista estuviera lo más cómodo posible. En su interior, además del hotel, disponía de diferentes salas para banquetes y convenciones y su restaurante estaba considerado como uno de los mejores de la provincia.

Paul bajó de su coche y se encaminó hacia la entrada principal. Conocía bien a doña Tareixa, toda una matriarca que era la que en realidad llevaba las riendas del Parador y en general de toda la comarca puesto que era una de las grandes terratenientes de la provincia. Esperaba que Lúa estuviera bien y no tuviera ningún problema. Doña Tareixa era una mujer con mucho poder, no era bueno estar a malas con ella.

-¡Señor Shein! Me alegra que nos visite, ¿qué de bueno le trae por aquí?- le preguntó una anciana de aspecto señorial sentada en un cómodo sofá. Su cabello blanco estaba recogido cuidadosamente por las expertas manos de la peluquera y aunque su aspecto era apacible, el brillo de sus ojos verdes delataba una gran inteligencia y aguda perspicacia. Era indudable que Lúa poseía sus mismos ojos, aunque los de su abuela estaban un tanto velados por los años.

-Buenas noches doña Tareixa, perdone que me presente a estas horas. Sólo quería saber si Lúa estaba bien.

La anciana pareció desconcertada.

-¿Ha ocurrido algo?- preguntó mientras señalaba un sillón cerca del suyo para que Paul tomara asiento.

-En realidad no ha pasado nada grave. Esta tarde me encontré con Lúa en el camino de mi casa, apenas tuve tiempo de frenar y ella cayó de la bicicleta y se torció un tobillo. No dejó que la curáramos y se marchó, Xurxo la trajo en su motocicleta y venía a interesarme por ella y a traerle la bicicleta- explicó el hombre sentándose junto a la anciana que le miraba con atención. En la pared lucía una espectacular cabeza de jabalí cuyos colmillos parecían amenazadores.

-No me ha comentado nada. Ha venido y se ha metido directamente en su habitación- Doña Tareixa hizo sonar una campanilla situada en la mesita que estaba a su izquierda y a los pocos minutos se presentó una persona de servicio- Trae un poco de licor, Rosiña, ¿quiere usted otra cosa?

-No se moleste, en serio. Tengo que conducir y no...

-Vamos, no diga tonterías, ni siquiera puede considerarse alcohol, simplemente ayuda a hacer la digestión- le interrumpió y sin hacerle caso confirmó su elección a Rosiña- Ahora dígame exactamente qué es lo que ha ocurrido.

El hombre le relató lo ocurrido aunque en realidad no era nada grave.

-Bueno... Lúa está últimamente muy rebelde, imagino que será la edad- dijo la mujer pensativamente mientras se acercaba a la boca el licor que había traído Rosiña.

-Está en plena adolescencia, es normal. A esa edad los jóvenes se enfadan continuamente- corroboró Paul mojándose apenas los labios.

-Si, pero no me gusta que sea desagradable o descortés precisamente con usted que está siendo una gran ayuda para ella. Se pasa el día hablando de usted.

-Bueno, tan solo he procurado ayudarla un poco con el inglés. No me cuesta nada y es muy satisfactorio ver como una jovencita presta tanto interés y aprende tan rápido.

-Si... mi nieta es muy lista y muy hermosa, ¿no le parece?

A Paul le sorprendió aquella pregunta.

-Eh... si, claro, por supuesto- repuso sin entender muy bien a dónde quería llegar la anciana.

-Está en esa etapa en la que cree que todos los hombres perderán la cabeza por ella... no sé qué hacer ni qué decirle... No sé si habré hecho bien trayéndola del internado en Lugo, pensé que sería bueno que estuviera en la Naturaleza y conmigo.

-Yo creo que a usted la tiene mucho respeto y la quiere.

En aquel momento hizo su aparición en el salón la joven, que había cambiado su habitual atuendo de pantalones cortos y camiseta por un vestido veraniego de tirantes que le sentaba muy bien. Llevaba el pelo suelto y sujeto con unas horquillas. Se sorprendió al ver a su abuela con Paul que se levantó al verla.

-Hola Lúa, ¿qué tal está tu tobillo?

-Muy bien, ya no me duele- dijo mientras tomaba asiento en el brazo del sillón de su abuela.

-Me alegro mucho.

-¿Por qué no me dijiste que te habías caído de la bicicleta, niña?- la regañó su abuela.

-No fue nada. No hacía falta que viniera hasta aquí, señor Shein- dijo formalmente.

-¿Ahora soy el señor Shein?- preguntó Paul divertido- Pensé que éramos amigos.

-Es cierto, Paul- confirmó Lúa sonriendo- Siento la manera en que me fui de tu casa, fue algo... estúpido- confesó la joven mirando a Paul con sus seductores ojos verdes.

-Bueno, entonces todo solucionado- finalizó la anciana- ¿Por qué no se queda a cenar con nosotras?

-Muchas gracias pero no puedo. Tengo un compromiso ineludible esta noche.

-¡Ah sí!, es por su amigo, el señor Markgraf, ¿no es cierto?- preguntó doña Tareixa. Estaba claro que en aquel lugar las noticias volaban y más en el Parador donde no se movía un alfiler sin que doña Tareixa lo supiera, no en vano era prácticamente la dueña de la comarca y se decía que tenía oídos y ojos por todas partes.

-Si, efectivamente- Paul consultó su reloj disimuladamente. Debía irse cuanto antes.  
-Muy bien, no se preocupe, otra vez será. Dentro de poco tendremos en el Parador una celebración privada y me gustaría comprar un par de cajas de sus vinos. Me pondré en contacto con usted para ponernos de acuerdo.  
Al hombre le sorprendió aquello, era la primera vez que doña Tareixa compraba su vino. Ella misma poseía una estupenda bodega de blancos, los "Terramaris", pero la noticia no dejó de agradaarle. Lúa le acompañó hasta el coche para recoger su bicicleta y despedirle.  
-Paul...- dijo en tono mimoso mirándole con aquellos ojos que en la oscuridad parecían brillar- ¿me perdonas por haberme ido así de tu casa?  
-Claro, pero no lo vuelvas a hacer, ¿vale? El martes puedes venir a casa para las clases de inglés.  
-Gracias- susurró poniéndose de puntillas y dándole un beso en la mejilla. A Paul le inundó el agradable y sensual aroma de flores de su perfume, un tanto exagerado para una chiquilla.

Lúa se quedó en el portón de la entrada junto a su bicicleta. A los pocos minutos se acercó su abuela que caminaba con cierta dificultad ayudándose por un bastón.  
-¿Estás segura, Lúa?- le preguntó.  
-Si abuela- contestó la joven sin apartar la vista del coche de Paul que se iba perdiendo por la carretera.  
-Hay muchos hombres en la comarca- insistió la anciana.  
-Yo ya he escogido- aseguró la joven sin cambiar un ápice su expresión.  
-Entonces será él- sentenció doña Tareixa con la mirada fría y calculadora mientras apoyaba la mano sobre el hombro de su nieta.

\*\*\*

-Si no está aquí en cinco minutos nos iremos nosotros solos- sentenció Isabel que estaba en el jardín tomando un refresco con Ludwig.  
-No creo que tarde ya.  
-Eso espero. No me gusta la gente del Parador- comentó la bruja mientras la brisa removía suavemente las hortensias y el lomo de Cordelia se arqueaba. Los grillos emitían su persistente e invisible canto oculto entre los arbustos.  
-¿Por qué?- se extrañó Ludwig- Aquí todo el mundo parece muy agradable.  
-Eso es lo malo, que lo parecen- dijo con énfasis mientras experimentaba un ligero estremecimiento- No se cómo explicarte... me parecen la abuela y la nieta un poco siniestras, sobre todo la niña... no me gusta como mira a Paul.  
-¿Qué quieres decir?- preguntó interesado Ludwig que le parecía divertido que Isabel insinuara que Lúa estaba detrás de Paul- Tan solo es una cría.  
-Eso es lo que decís todos, es solo una niña... esa niña tiene diecisiete años ya y aunque tenga cara de inocente sé lo que se dice en el pueblo de ella: le gusta incitar a los hombres.  
-¿Y tú crees que ella y Paul...?  
-¡Claro que no! Paul sería incapaz de algo así pero no me fío de ella. Cada vez que la veo en casa se me revuelven las tripas.

-Creo que estás exagerando pero está bien que tengas celos- dijo Ludwig antes de dar un último sorbo a su refresco.

Un claxon anunció la llegada de Paul.

-¿Estáis listos?- preguntó sin salir del coche- Pues entonces todos en marcha.

Los tres se encaminaron a la acogedora villa de Fisterra que giraba en torno al puerto y a la lonja. Se apartaron de las intrincadas callejuelas de la parte antigua y se decantaron por una sencilla taberna cerca del puerto en la que tenían unas estupendas especialidades de la zona y que era el lugar preferido de Isabel.

-El pulpo a freira está estupendo- le aconsejó Paul.

Quedaron muy satisfechos con la cena y la conversación. Isabel se sentía encantada de estar con ellos dos charlando tranquilamente. Respiró hondo y cerró los ojos, podía oír el murmullo del mar que en Fisterra nunca estaba tranquilo.

-¿Te duermes?- le preguntó Ludwig.

-No, es que estoy muy a gusto- dijo ella con una sonrisa.

-Iré a por un poco de tarta de Santiago, ¿queréis algo?- preguntó Paul.

Ludwig movió la mano con un gesto negativo.

-Si tomo algo más reventaré.

Isabel siguió a Paul con la mirada.

-Sigues enamorada de él como el primer día- comentó Ludwig con una sonrisa.

-Yo creo que más- dijo con un suspiro.

-Hay algo que no entiendo- se confesó Ludwig inclinando el cuerpo hacia delante- a lo mejor me estoy metiendo en donde no me importa...

-Dime.

-¿Por qué no has hecho algo para que Paul no envejeciera?

La tristeza que se apoderó de los ojos de Isabel le dio idea de que había tocado un asunto espinoso.

-Él no quiere.

-¿Qué no quiere?, ¿por qué?- preguntó extrañado.

La gente a su alrededor reía. Los músicos que tocaban canciones populares con una gaita y un violín y las guirnaldas de bombillas que cruzaban la terraza de la taberna hacían que el ambiente fuera de lo más sugerente.

-Dice que no quiere atarme a él. Que no puede pedirme que esté siempre con él y que cuando él muera no debo cerrarme al amor ni negarme a conocer a otros hombres que me harán feliz. Está visto que yo puedo vivir eternamente pero él no cree que mi amor por él sea eterno.

-Es una decisión muy generosa por su parte- comentó Ludwig pensativo siguiendo el contorno del dibujo de la mesa con su dedo índice.

-¡Es una estupidez!- exclamó enfadada- ¿Qué haré yo si le pasa algo?, ¿no puedo vivir sin él!

-También pensabas eso cuando murió Giacomo, eso me dijiste cuando te conocí. Puede que Paul tenga razón.

-¿Has dejado tú de amar a Anabel o a la hermana Ángela?

-Por supuesto que no- confesó.



-Entonces no me digas a mi lo que siento. Simplemente es una cabezonería de él, creo que quiere limpiar su conciencia por las muertes de Nueva York, su honestidad no le permite vivir más de la cuenta sabiendo que estuvo implicado en "aquello"

-Paul es uno de los hombres más honrados que he conocido nunca. Puede que realmente tenga un problema de culpabilidad. Lo que ocurrió fue muy grave.

-Lo sé... pero a veces pienso que se arrepiente de no haberme dejado que le diera un poco de mi sangre. Cree que ya es tarde, que es un viejo y que la aparente diferencia de edad que nos separa será eterna.

-Paul se conserva muy bien, es un hombre fuerte y aparenta bastantes años menos, es juvenil y vital, ¿qué problema tiene con la edad?

Isabel se encogió de hombros con tristeza y Ludwig le pasó el brazo por los hombros.

-Vamos, no te preocupes, ¿quieres que yo hable con él?

-¿Harías eso? Él te aprecia mucho.

-Y yo a él. Lo intentaré pero no te prometo nada, también es muy cabezota. De todas maneras también quería hablar contigo de algo.

-¿De qué se trata?

-¿No te parece que lleváis demasiado tiempo en Galicia? Podría resultar un tanto sospechoso.

Isabel dejó su vaso en la mesa. Esperaba que Ludwig le dijera eso algún día.

-No pienso marcharme de aquí- dijo con voz voluntariosa.

-Eso podría causarte problemas.

-Lo sé.

-¿Y?

-No me voy a marchar de aquí. ¡Es mi hogar!- insistió como una niña pequeña sin dar ningún tipo de razón.

Ludwig suspiró. No podía hacer nada, pero era su deber advertirla.

La tarta de Santiago estaba todo lo buena que se podía esperar y tras acabar con ella decidieron volver al pazo no sin antes detenerse frente al mirador y contemplar el mar.

-Me encanta este lugar- afirmó Ludwig.

-Tú viviste aquí, ¿no?

-Sí, durante varios años. Siempre me gustó y a Erick también, por desgracia tuvimos que salir con bastante premura- confirmó Ludwig sonriendo al recordar a un Erick muy joven e impulsivo que les metió en varios líos.

-¿Qué pasó?- preguntó Paul interesado en aquellas historias de Ludwig que se remontaban siglos atrás.

Ludwig se apoyó en la barandilla y con la mirada perdida en el océano comenzó a recordar.

-Charlotte y yo recogimos a Erick en Hungría, era tan solo un bebé y estaba abandonado a su suerte bajo la luna llena y rodeado de lobos. A pesar de la oposición de Charlotte lo llevé conmigo. Hacía poco que había perdido el rastro de mi propia hija y creo que fue el instinto paterno el que me hizo hacerme cargo de él, aunque es algo de lo que no me he arrepentido jamás. Llegamos a estas tierras en las que Erick se crió saludablemente, procuré enseñarle la manera de resistir o

encauzar su instinto pero era muy joven, apenas un niño y era tremendamente impulsivo y fuerte, muy tozudo. Charlotte siempre dijo que nos traería problemas, nunca se llevaron bien.

-No me extraña- interrumpió Isabel- nadie se llevaría bien con Charlotte nunca- añadió con cierto desprecio.

-En el fondo tenía razón, las gentes del lugar no nos veían con buenos ojos pero después de que Erick hiciera... en fin... fue un acto deliberado y del que siempre se ha arrepentido. Yo me encargué de que así fuera y creo que desde ese momento él mismo se encargó de dominar su instinto.

-¿Quieres decir que mató a un ser humano?- preguntó Paul con un estremecimiento, aún recordaba su mordedura en el brazo cuando se encontraron en Nueva York por primera vez- ¿En defensa propia?

-No, realmente mató a un inocente. Un mal hombre, un mal padre... pero no se merecía morir así. Fue descubierto por la gente del pueblo, tuvimos que salir corriendo, creo que Charlotte se sintió aliviada.

-¿Por qué?

-Nunca le gustó Galicia, nunca quiso venir aquí. Se mostraba nerviosa, intranquila, recelosa. Pensé que en esta tierra en la que la realidad y las leyendas se mezclan en armonía encontraríamos el hogar perfecto pero para ella fue todo lo contrario; lo odiaba, era algo visceral y patente. Se marchó en cuanto sintió la agitación popular y para ella fue un verdadero alivio, huyó horrorizada. Cuando volvimos a encontrarnos la oí hablar muchas veces de todos los lugares en los que había estado y jamás pronunció el nombre de Galicia, para ella fue como si no hubiera existido.

-Qué extraño...- murmuró Isabel que le parecía sorprendente que Charlotte pudiera temer algo en esta vida.

-Para mí sin embargo fue muy triste tener que abandonar esta tierra en la que tan a gusto había vivido. Por eso en cuanto puedo me escapo a vuestro Pazo- terminó con una sonrisa.

-Donde siempre serás bien recibido, amigo- añadió Paul palmeándole la espalda.

\*\*\*

Amaneció entre brumas pero poco a poco se fue despejando hasta que un sol reluciente y brillante inundó todos los rincones del Pazo O' Breo. Ludwig recordó que tenía algo urgente que hacer y llamó a Rufus para saber si la caja de vinos que Paul había enviado había llegado bien. Quería que don Eduardo Martín- Siñero la tuviera aquella misma tarde.

-¿Va todo bien?- preguntó sin querer hacer referencia a su salud.

-Perfectamente- repuso el anciano- Erick mandó ayer varias piezas que se necesitaban para la exposición de la galería. Contacté con el encargado y ya está todo dispuesto.

Ludwig sonrió. Rufus seguía, como siempre, a cargo de todo con su característica eficiencia. Quizás lo del coche hubiera sido un simple desmayo producido por el cansancio y no debiera darle tanta importancia. Además percibía en el tono de voz de Rufus que éste se encontraba más animado y eso le tranquilizó.

Decidió dar un paseo por la zona, aquel día no le apetecía hacer turismo, buscaría un libro en la bien surtida biblioteca y dormiría bajo las parras. En su paseo por el Pazo se encontró con Isabel que portaba una pequeña cesta de mimbre.

-¿Vas a cuidar del jardín?

-Voy al bosque a recoger hierbas para mis pócimas, ¿me acompañas?

El paseo por el bosque fue relajante, se olía a eucalipto húmedo y a madera, pisaban sobre una alfombra algodonosa de helechos y musgos; las abejas revoloteaban alrededor de algunas colmenas. Los ojos vivaces de Isabel sabían encontrar las hierbas que necesitaba y según eran las arrancaba o cogía tan solo las partes que necesitaba, las iba depositando en su cesta cuidadosamente.

-La verdad es que no me extraña que quisieras regresar aquí. Es un lugar precioso.

Isabel se detuvo, miró a su alrededor y respiró hondo.

-Por aquí estaba la cabaña de mi abuela, cerca de un dolmen- dijo con una sonrisa nostálgica- rodeada de naturaleza, me crié entre éstos árboles, jugando en los dólmenes y respirando éste aire mezcla de bosque y mar. Mi abuela me enseñó a amar la Naturaleza y ayudarme de ella. Cuando no teníamos nada que comer, veníamos al bosque y recogíamos castañas o frutos silvestres, siempre cuidando de evitar los lugares peligrosos o los que tenían malas vibraciones. Ella solía decir que la Naturaleza te ofrece la vida, solo tienes que cogerla y ser agradecida.

-Muy sabia tu abuela- admitió Ludwig agachándose y observando una seta que se encontraba al pie de un árbol.

-Ten cuidado, esa es venenosa. El bosque también tiene sus peligros. Incluso con la misma planta se puede curar o matar, solo hay que variar la proporción. Creía que había olvidado todas aquellas enseñanzas pero al estar aquí ha vuelto todo con fuerza. Me siento llena de energía.

-Eso es bueno- repuso Ludwig sonriendo- creo que cualquiera se sentiría lleno de fuerza aquí. ¿Qué hacía tu abuela exactamente?

-Era partera y curandera. Atendía a la mayoría de los habitantes del pueblo: verrugas, mal de amores, quemaduras... y partos. Aprendí mucho con ella.

-¿Y tus padres?

-A mi madre no la conocí. Mi abuela me contó que murió en el parto.

Ludwig frunció el ceño, que bromas pesadas da el destino: precisamente a la mujer que atendía los partos no pudiera salvar a su propia hija.

-Me hubiera gustado conocerla- prosiguió Isabel con cierta añoranza- mi abuela no solía hablarme mucho de ella y cuando lo hacía se ponía muy triste, imagino que fue algo muy doloroso para ella. En cuanto a mi padre...- Isabel sonrió- cómo te lo explicaría... entre las brujas es algo común que el padre no esté identificado, los hombres simplemente sirven para engendrar a otra bruja, normalmente suelen ser pastores o labriegos, o tal vez alguien de paso que ni siquiera sabe que ha embarazado a una bruja tras una noche de pasión.

-¡Vaya!- se sorprendió Ludwig- espero que...

-¡Shuuuu!- susurró Isabel pidiendo silencio. Ludwig también lo había oído y su cuerpo se tensó. Procurando hacer el más mínimo ruido se agazaparon tras un árbol. Unas pisadas lentas y un aliento jadeante delataban la presencia de algún animal.

-Es un lobo- advirtió Ludwig. Conocía muy bien esa presencia. Cuando Erick se transformaba, sus maneras animales eran muy similares a lo que estaban escuchando.

Percibieron varios saltos entre la maleza, un caminar salvaje y pisadas descuidadas. Estaba muy cerca de ellos.

-Vámonos, es mejor dejarle- recomendó la bruja. Ludwig asintió y se marcharon con cuidado pero con los sentidos atentos. No querían perturbar al animal pero estaban preparados ante cualquier eventualidad.

El lobo estaba ocupado saciando su hambre con un conejo que había cazado, tenía las mandíbulas ensangrentadas y el sabor de la sangre en la boca le nublaba el sentido pero pudo contemplar con sus ojos verdes a las dos figuras que salían silenciosas del bosque.

\*\*\*

El viernes y el sábado anteriores al día de Santiago Apóstol fue un maremagnum. Isabel se confinó en la Catedral con Aloía. Como comisarias de la exposición tenían que comprobar que todo estuviera perfecto. Los peregrinos inundaban ya la Plaza del Obradoiro adelantándose al día grande. En toda la ciudad se respiraba a fiesta y profunda reverencia por los restos del Santo.